

El robo del salmón

Sara Salichs

ACOMPaña A AMELIE

El robo del salmón

UNA AVENTURA EN NORUEGA

SARA SOLO

Capítulo 1

PARTE I:

Las empresas de todo el mundo siempre se han dedicado, en mayor o menor medida, a la importación de productos de otros países. Esto se debe principalmente por dos motivos, por la escasez del género en el mercado interno del país que decide importar y lo que se busca es abastecer y fortalecer el mercado o, por necesidad. Este último motivo es porque el artículo deseado no se puede producir en el país importador ya sea por el clima, por la economía, por el tipo de tierra fértil de la cual se dispone, etc.

Pero este libro no trata de la importación de un producto cualquiera, sino del salmón y el proceso que se lleva a cabo para importarlo de Noruega y que pase a formar parte de nuestra alimentación, en el territorio nacional español.

El entonces presidente del Gobierno, Felipe González, firma el Tratado de Adhesión de España a la Comunidad Económica Europea el 12 de junio de 1985 y la entrada definitiva en esta Comunidad Económica el 1 de enero de 1986. Desde entonces, España ha experimentado un período de bienestar y avance de la sociedad española en su conjunto.

Tres años y medio más tarde, España incorporó su divisa nacional (peseta) al Mecanismo de Cambios del Sistema Monetario Europeo, instaurado por Francia, Italia, Dinamarca, Países Bajos y Luxemburgo desde 1979. Asimismo, España reforzó esta apuesta integracionista firmando el tratado de Schengen, que supuso la eliminación gradual de controles en las fronteras entre Estados miembros. Pero más adelante y gracias a la firma del tratado de Maastricht (1992) la Unión Europea fue cuando obtuvo esa misma denominación al igual que el diseño y el plan a seguir hacia una moneda común.

En diciembre de 1995, se acordó en Madrid la denominación de "euro" para esta idea de moneda usual que apareció en la firma del tratado, una moneda común europea. La implantación de esta se consiguió llevar a cabo exitosamente en enero de 2002. España fue partícipe de este hecho, y la implicación del país se ha visto evidenciada igualmente en la notable labor gestora de los numerosos españoles que han venido ocupando altos cargos en las instituciones europeas.

Desde que España forma parte de la Unión Europea, se ha sentido beneficiada por numerosos hechos, uno de ellos la importación de productos de otros países que sean, o no, miembros de la UE.

Uno de los países de los cuales España importa productos es Noruega, que mantiene relaciones con la Unión Europea. Aunque el país nórdico no es un Estado miembro de la UE, es necesario para adoptar alrededor del 20% de los actos jurídicos de la UE debido a su participación en el EEE (Espacio Económico Europeo) a través de la AELC (Asociación Europea de Libre

Comercio).

El fundamento de estas relaciones se debe a la pertenencia de Noruega al Espacio Económico Europeo, ya que, desde su entrada en vigor en 1994, este acuerdo une a los Estados miembros de la Unión Europea con los que forman la Asociación Europea de Libre Cambio, formando un mercado interior común que permite la libertad de personas, bienes, servicios y capitales.

Capítulo 2

Río Orkla, Noruega. 10 de junio de 2021

“El río Orkla es uno de los más bellos y salmoneos, con una media de cinco mil quinientos salmoneos capturados al año, aproximadamente. Estos salmoneos son de un peso considerable, puesto que el río es muy caudaloso y de un tamaño notable, condiciones perfectas para que el salmón sea grande y sabroso.

El salmón remonta unos ochenta y ocho kilómetros de río desde el Fiordo de Trondheim atravesando el Valle de Orkladal, pasando por los distritos de Orkladal, Meldal y Rennebu.

A lo largo de su recorrido el Orkla cae cuatrocientos metros.

Los primeros salmoneos de tres inviernos suelen llegar a este río entre finales de mayo y principios de julio, rondando los 5 kilos un ejemplar. Sí que es verdad que se han llegado a ver de más pesados, y se han llegado a registrar algunos de hasta quince kilos. Los grandes salmoneos llegan con el principio de la temporada, llamando a muchos entusiastas y aficionados del salmón y la pesca con mosca al tramo medio de este río, situado a unos 35 kilómetros de la desembocadura, en el distrito de Meldal.

Con estos datos, no es de extrañar que de vez en cuando se puedan observar pescadores furtivos merodeando por los alrededores de los múltiples tramos idóneos para la captura del salmón.” —leyó Amelie en un cartel informativo a medida que iba adentrándose más en el río.

<<Porque un pescador furtivo es un furtivo, al fin y al cabo, no es ni pescador profesional ni pescador por ocio o afición. Es aquel que actúa a escondidas, disimulando, de espaldas a la ley y sin permiso, de pesca en este caso. No entiendo ni entenderé nunca los motivos por los cuales las personas se dejan corromper para llevar a cabo el mal, y la pesca aquí va mucho más allá del dinero, al parecer.>>—pensó Amelie.

Son las cinco de la madrugada en Meldal y todavía no ha amanecido. Amelie se levanta siempre sobre esa hora, le gusta aprovechar la mañana y la oscuridad para tomarse un café y poder hacer alguna que otra tarea del hogar, ya que vive sola y no tiene a nadie que le ayude en ese aspecto. Pero hoy Amelie se ha levantado especialmente pronto, quiere ir a comprobar las aguas del río para más tarde ir a pescar con su abuelo.

Amelie es joven, tiene veintitrés años y toda una vida por delante. Se dedica a la pesca y venta del salmón junto con su abuelo, que vive a unos veinte kilómetros de ella. Empezaron esta actividad quince años atrás porque Amelie quería pescar un salmón, lo hizo y desde entonces le gustó

tanto esta actividad que decidió seguir con ella.

A medida que Amelie se adentraba en el río, dejando su Cupra Formentor a uno de los lados de la carretera, pudo ver que no estaba sola. Muchas más personas estaban analizando distintos tramos del río, comprobando el estado del agua e incluso realizando algún que otro test de cloro por si se descubría alguna irregularidad, la gente tenía muchísima dedicación por la pesca y le llevaba a querer hacer estas cosas.

Amelie llegó a una de las orillas, si es que a una roca gigantesca en la que se sienta una persona a tocar de río se le puede llamar orilla. Procedió a tocar el agua, tomar una muestra para analizarla con el medidor de cloro y pH como estaban haciendo las demás personas y, tras unos minutos y comprobar los resultados de la analítica y saber que todo estaba correcto, partió hacia casa de su abuelo.

El camino hacia Fannrem, aldea de Orkland y donde se ubica la casa de su abuelo, siempre era muy tranquilo y relajante para Amelie. Rodeada de grandes abedules y acompañada por el motor de su coche y el ensordecedor silencio del bosque que atravesaba, se perdía en sus pensamientos constantemente.

Finalmente, tras salir de su imaginación y ese espacio meditativo, llegó a casa de su abuelo.

Su abuelo siempre ha sido un hombre de dinero, de bien joven la pesca del salmón con pluma se le dio especialmente bien y se hizo un hueco en el mercado de su municipio, más tarde fue escalando posiciones hasta hacerse un hueco en el mercado noruego exportador de productos a otros países, y desde entonces pesca cada día de la temporada junto con Amelie.

Aún siendo adinerado, no era un hombre para nada ostentoso ya que su casa y su vestimenta eran bien sencillas. La casa estaba fabricada de madera de alta calidad de los bosques que la rodeaban, pues la madera es un recurso fácil de conseguir y, con los recursos económicos de los cual dispone, pudo permitirse la mejor madera del territorio para pasar los duros inviernos y, por supuesto, los veranos.

En el interior predominaban los tonos blancos, los muebles eran antiguos, pero todos seguían un patrón de colores. Todo era blanco o gris, con muchas alfombras, mantas y piezas decorativas de varios pueblos colindantes, podían observarse incluso piezas de Francia, España, Inglaterra, etc.

Amelie siempre quedaba maravillada ante el hecho que no poseía ningún cuadro o foto de su abuelo con algún salmón, nunca ha querido fotografiar esos momentos, su abuelo siempre le repetía que <<los momentos se

guardan en la mente>>.

—¿Cómo está el agua hoy? —preguntó el abuelo.

—Bien, está muy bien. No hay nada de cloro y el pH he visto que era el ideal, será un buen día de pesca. —Dijo Amelie satisfecha con la analítica llevada a cabo un par de horas antes.

— Y, ¿estás preparada para el inicio de la temporada, pequeña?

Amelie siempre estaba preparada, la pesca es su pasión. Era raro ver en gente de la generación actual y más de esa temprana edad, que se despierte este interés por esta actividad, pero a Amelie se le despertó un sentimiento de unión desde bien pequeña.

Amelie todavía no se adentró en el gran mercado de exportación, pues no se había decidido a dar el gran paso, pero la habilidad no le faltaba. Siempre sabía en qué momento y dónde ir a pescar, era como si ella y el río junto con los salmones fueran una sola persona, siempre lograba pescar los mejores ejemplares.

Por el contrario, y como suele pasar en estas actividades, a mucha gente que era veterana de la pesca con pluma en esta zona, se le despertó un sentimiento de envidia con el cual no podían convivir. Ya sea bien por el hecho que una mujer les ganase en esta modalidad o ya sea porque gracias a ella, su abuelo tenía más contratos con los exportadores de salmón a grandes países y eso le proporcionaba las grandes sumas de dinero que poseía, y Amelie iba por el mismo camino. A mucha gente no le hacía gracia que una chica y su abuelo se llevaran todo el dinero, querían también para ellos, eso también llevó a la aparición de pescadores furtivos, los cuales aumentaron su presencia en los tramos públicos y privados para pescar en Meldal.

—Sí, bueno, ya lo sabes. —dijo Amelie.

—Voy a ignorar esa cara de preocupación que tienes, asumo que es por la situación actual de los furtivos. —dijo su abuelo—Además, debemos prepararnos, ¿lo llevas todo?

—Sí, sí, es por los furtivos. Y sí, también lo llevo todo. —dijo Amelie, un poco molesta por la contestación de su abuelo.

—¿Sabes, Amelie? —dijo su abuelo, cogiendo a Amelie por sorpresa —. No siempre se pueden ganar estas luchas, este tipo de personas, los furtivos, permanecerán siempre en la sociedad te guste o no. Imagínatelo como los mosquitos: hacen daño a las personas, pero seguirán existiendo por

siempre.

Esa afirmación caló en los huesos de Amelie, <<seguirán existiendo por siempre>>. Su abuelo muchas veces tenía esa mentalidad, la de dar por hecho que va a perder una lucha. Quizá era porque ya era mayor, o porque le daba bastante igual no poder seguir pescando porque ya tenía mucho dinero, pero fuera lo que fuera, Amelie se negaba a rendirse.

Amelie hizo caso omiso del comentario de su abuelo y decidió llevar el equipo de pesca de su abuelo al coche, dejándolo a él atrás. Puso las llaves en el contacto y dejó que el motor se calentase mientras su abuelo caminaba y subía al Cupra.

Pusieron rumbo a casa de Amelie de nuevo, pues ella hacía más bien de chófer para su abuelo, quién hace años decidió que ya era hora de dejar de conducir.

Aparcaron donde Amelie dejó el vehículo esa misma mañana antes de analizar el agua y, cargando el equipo de pesca consigo, partieron al punto donde siempre iban.

Montaron su parada de siempre, dos sillas plegables, las cañas, una nevera para meter a los salmones y otra donde traían provisiones para pasar la mañana.

Amelie empezó a tener un poco de frío, aunque el verano estaba ya a la vuelta de la esquina, así que se abrigó un poco más. Siempre lleva algo en el coche por si hace más frío del que tiene planeado.

Capítulo 3

CAPÍTULO 3:



Meldal, 13 de junio de 2021.

Es domingo y hoy Amelie no va con su abuelo, quiere tomarse un día de descanso para ella sola, además, quiere ir a comprar algunas verduras y algunas piezas de carne.

Decidió llamarlo, para preguntarle cómo estaba.

-Hola abuelo, ¿cómo va todo? -le preguntó.

-Hola Amelie, ya estaba esperando que sonara el teléfono. Respondiendo a tu pregunta, bien, todo va bien.

-Genial entonces, ¿qué vas a hacer hoy?

-Hoy tenía pensado quedarme en casa, así como tú, ¿no? -dijo su abuelo riéndose.

-Bueno, he de ir a comprar, así que bajaré al centro de Meldal, ¿quieres que te lleve algo?

-De momento no, voy a hacer el vago todo el día, si hay algo ya te llamo. Nos vemos, un abrazo bien fuerte.

-Un abrazo abuelo, te quiero.

Presa del aburrimiento, Amelie decidió ir a darse un paseo por la zona. El reloj marcaba las diez de la mañana, era una buena hora, así al volver

directamente iba al centro a por provisiones para el resto de la semana.

No suele llevar auriculares, le gusta disfrutar del sonido de la naturaleza total, sentía que era ella la intrusa en el bosque, y no al revés. Ella piensa que, en las ciudades, un animal salvaje está desubicado, pero quizás muchos años atrás, por esa misma zona, algún antepasado de ese animal "intruso" hacía esa ruta para emigrar a otra zona, quién sabe. Por eso, respeta tanto a la naturaleza, ya que es capaz de todo.

Un llanto la sacó de su ensoñación. No era un llanto de humano, sino más bien de un animal. No era de un perro, tampoco de un gato, pensaba.

El llanto parecía venir de unos metros más allá, aunque era un sonido ya cansado, débil, como si a la criatura no le quedara mucho más de vida.

Decidida, fue deprisa, sin correr para no asustar a lo que fuera que estuviera agonizando. Un animal cuando está en tan malas condiciones, reconoce quién viene a ayudarlo y sin duda, se iba a dejar ayudar.

Se encontró a un zorro, concretamente una hembra, y era un zorro de las nieves, completamente blanco, parecía una criatura fantástica.

Amelie se arrodilló y avanzó despacio y tranquilamente, el animal transmitía con su mirada una súplica, muy difícil de no percibir.

Por fin, cuando estaban a una distancia considerablemente corta, se estableció el contacto físico.

Amelie tocó a la zorra, por la barbilla, inspeccionando todo su cuerpo en búsqueda de qué era lo que le provocaba ese dolor. Tenía una herida en la pierna hecha de una trampa anti zorros, no paraba de sangrar.

Amelie, decidida a llevar a la zorra al veterinario más próximo, se quitó la camiseta más ligera que llevaba encima y le hizo un torniquete al pobre animal, lo envolvió con el jersey y se quedó con la chaqueta.

Corriendo mientras le susurraba a la zorra que todo iba a estar bien, subió al coche. Buscó lo más rápido posible en el GPS del vehículo cuál era el veterinario más próximo, llamó para avisar de la urgencia y hacia allí que fue.

El camino se hizo largo, la espera eterna, aunque sólo debía conducir cinco minutos y, en esa eternidad, le rondaba un pensamiento: ese animal debe volver al bosque. Ella siempre quiso tener una mascota, aunque le parecía un deseo egoísta. Pero tenía muchas ganas. Decidió que, si podía salvarse (porque su futuro era incierto) adoptaría a esa zorra. Pero no de la manera en que la gente adopta a un animal de compañía, sino de una forma mucho más salvaje. Pensó en dejarle un cuenco de agua y otro de

carne cruda en la entrada, así siempre que merodeara por la zona pudiera ir a comer al portal de su casa, así se iría haciendo a ella.

Amelie no llevaba nada encima, pero la zorra la miraba agradecida mientras se dirigían al centro veterinario. Un vínculo especial se estaba forjando entre ellas dos.

Llegaron al veterinario y ya había un par de enfermeras esperando en la entrada, rápido para llevarse al animal y tratarlo. Amelie cerró el coche y entró también, decidida a saber qué le depararía ese momento a la zorra.

Le dieron una bata, una mascarilla, unos guantes y una especie de gorro de ducha.

Limpiaban la herida, comprobaron sus constantes vitales, y no eran muy buenas.

–¿Es suya? –preguntó una de las enfermeras.

–No, me la encontré hace bien poco en mitad del bosque, tal como le conté a una de sus compañeras.

–Ah, es verdad, no me acordaba. –Se disculpó la enfermera.

–No pasa nada, ¿tiene para mucho rato? –Preguntó Amelie.

–Bueno, póngale una hora más.

Amelie decidió esperar. Pasaron unos diez minutos y la misma enfermera se acercó otra vez a hablar con ella, esta vez, con cara de curiosidad.

–Disculpe, no puedo evitar preguntarle esto, pero ¿por qué está tan interesada en este animal? Quiero decir, se lo ha encontrado en el bosque.

–Supongo que algo pasó cuando nos miramos las caras.

Y, justo en ese momento, le formularon la pregunta.

–¿Se la va querer llevar consigo?

–Sí, por supuesto. Aunque, si no le importa, voy a necesitar un poco de ayuda en los cuidados básicos de un zorro de las nieves.

–Mire, hoy puede darle algo de carne cruda, conejo sería una muy buena

opción, si no, cualquier otro tipo de carne estaría bien.

–Perfecto, otra cosa, ¿puedo darle mi número, para ir consultándole cosas? –Preguntó Amelie a la enfermera.

–Claro, es lo que le iba a decir, debo además hacerle un seguimiento, y como yo también vivo aquí al lado y durante unos días va a tener que estar el animal en vuestra casa, podré hacerle visitas si eso le parece correcto.

Amelie asintió, emocionada por empezar a tener alguna que otra responsabilidad y de lo que cuidarse, además de sí misma.

Capítulo 4

CAPÍTULO 4:

Amelie se levantó, como de costumbre, pronto. Era un lunes y el cielo amaneció nublado. A los pies de su cama, durmiendo plácidamente, se encontraba la zorra que rescató ayer, todavía no se lo creía.

Se preparó un café cargado, un par de tostadas y llamó a su abuelo quien, seguramente, ya estaría despierto de hace rato.

–Abuelo, buenos días, ¿qué tal?

–Como siempre, bien y madrugando. ¿Qué te cuentas?

–Pues, verás, es un poco raro de explicar y entender, pero bueno, resulta que tengo un zorro en mi casa.

–¿Cómo que tienes un zorro? –dijo extrañado el abuelo– Quiero decir, que sé que te encantan los animales, pero ¿cómo ha llegado hasta ahí el animal?

–Pues mira, resulta que ayer, saliendo a caminar, escuché un llanto así muy débil y quise acercarme a ver qué era. Y ahí estaba el pobre animal, a punto de morir.

–¿Lo llevaste al veterinario, al menos?

–Sí abuelo, y hoy en teoría viene una enfermera a hablar conmigo a darme consejos y un par de cosas para cuidar de ella.

–Me parece perfecto, ¿vendrás a verme?

–Ay abuelo, me iría mejor si vinieras tu por la tarde, hoy no creo que vaya a pescar, aunque mañana sí.

Así, Amelie y su abuelo hablaron por un largo rato más. Hoy era un día lleno de cosas a hacer, ya que ayer no pudo ir a comprar y tuvo que quedarse todo el día en casa.

Echó un ojo a la zorra y se fue directa a la ducha, con agua bien caliente y pensando en todo lo que le había pasado el día anterior.

No era un giro a su vida, sino que ahora tenía más cosas a hacer y ella siempre había pensado que era muy emocionante vivir la vida al lado de

un animal, tanto que respeta ella la naturaleza.

Salió de la ducha y vio que el animal empezaba a despertarse, así que fue a la cocina a coger unos trozos de carne magra cruda descongelados y se los dio al animal.

Al principio no comía, le costó un buen rato dar el primer bocado, pero a partir de entonces, no paró de comer hasta terminarse todo lo que había.

–¿Te ha gustado? –preguntó Amelie al animal.

La zorra se la miró extrañada, como preguntándose por qué le daba de comer un ser humano. Amelie intentó acariciarla, ya que sabía que el contacto de ayer fue fruto de la desesperación del animal por ser ayudado y salvado de las garras de la muerte.

Le acercó la mano, la cual la zorra olió con atención, no se apartó y entonces, Amelie acarició la barbilla del animal. Haciéndolo así, se sienten menos amenazados, dicen.

Amelie tenía el nombre escogido, en ese instante de contacto verdadero el vino a la mente.

–Cariño, te vas a llamar Destino.

Así pues, en ese momento, el teléfono de Amelie empezó a sonar. Extrañada, porque nadie nunca la llamaba si no era su abuelo, fue a comprobar. Y se trataba de la enfermera que atendió de urgencias ayer a Destino.

–Buenos días, ¿hablo con Amelie?

–Así es, yo misma.

–Perfecto, la llamaba para ver cuándo podía pasarme a ver a la zorra que atendí ayer.

–Pues, por mí como si quiere pasarse ya, tengo el día libre.

–Perfecto, pues cuente que en unos diez minutos más o menos estoy por ahí. Antes, por favor, dígame su dirección.

–Número 23 de Løkkenveien.

La enfermera no tardó mucho en llegar, tal como dijo.

Amelie salió a recibirla y entraron con cautela, pues no dejaba de haber

un animal salvaje dentro de su casa.

Destino se escondió bajo una mesa, demasiada gente para ella. La veterinaria empezó a lanzar trozos de carne cruda, cortada en dados pequeños, para ver si podía hacerla llegar hasta ella.

–Podemos estar aquí un buen rato –dijo la veterinaria – o puede que salga muy rápido.

–Una pregunta, exactamente ¿qué quiere ver de ella? –preguntó curiosa Amelie.

–Buena pregunta. Quiero hacerle un chequeo general. Quiero mirarle la herida, darle algunos antibióticos para que no se infecte, y comida que tengo en el coche para ella, es tan solo carne. Puedes darle si quieres verdura, aunque te recomiendo que se la hiervas. También tengo por aquí un aparato –lo sacó del bolsillo– que es para chipar a los animales de compañía.

–Veo que bien cargada. ¿Vendéis localizadores?

–Sí, claro, he traído uno, aunque lo tengo en el coche, supongo que estarás interesada.

–Sí verás, mi idea es dejarla que salga de casa, como un gato, no quiero retenerla en casa toda su vida.

–Y ya haces bien, la verdad. Podrías instalarte una puerta para que entra y salga cuando quiera, en la principal.

Así, con mucha paciencia y trozos de carne, consiguió la veterinaria que Destino se quedara quieta para poder, al menos, ver cómo estaba la herida.

El pelaje estaba muy bien, brillante y suave, era una zorra joven, la cual todavía no había criado, por el aspecto de sus mamas.

–Otra cosa más, a Destino le encanta el salmón por lo que veo.

–¿Cómo lo sabe eso? –preguntó Amelie atónita.

–Se ve en el pelo, está espectacular, eso es gracias a los aceites y las grasas que contiene el salmón, es una gran cazadora del famoso pescado de por aquí, o ha tenido oportunidad de comer una gran cantidad de este, posiblemente ya fuera del agua. Y no se ven muchos zorros que coman salmón.

–Pero, ¿cómo los caza? ¿Eso no lo hacían los osos?

–Sí, querida. Pero supongo que se pondrá en un lugar estratégico en el que no tenga que tirarse al río, supongo que se situará en alguna piedra y con las garras los atrapará. Es muy inteligente.

Amelie se quedó anonadada, no había sabido nunca de un zorro capaz de cazar salmones. Otra cosa que los unía en la vida, la pasión por el pescado.

Pasó la tarde y Amelie ya era dueña, aunque esa palabra no le gustara, de Destino. Esta tenía ya puesto el microchip identificador y el localizador, el cual iba aparejado a una aplicación móvil que le permitía saber dónde se ubicaba Destino en todo momento. Lo único que le faltaba eran premios para ir educándola a una vida un poco más doméstica, por mucho que pudiera pasear a sus anchas. Amelie no quería encarcelar a Destino, quería que esta entrara y saliera de casa cuando quisiera, ya que la naturaleza es su hogar y así lo ha sido siempre. Tenía claro que no quería alterar para nada el comportamiento natural de la zorra, por lo tanto, no iba a hacerle ninguna operación de castración, ni química ni quirúrgica. Si tenía que tener cachorros, ya los tendría en algún lugar, y si por eso no volvía más que para comer, no había ningún problema.

Pasaron las horas y Destino estaba empezando a oler todo un poco, extrañada. Amelie dejó la puerta principal abierta, pues no hacía mucho frío en junio. Al abrirla, Destino salió disparada, y se paró a unos veinte metros. Como si de un perro entrenado se tratase, se dispuso a hacer sus necesidades, Amelie no se lo creía. No la llamó tampoco, quería que hiciera lo que el animal creía conveniente, y este se quedó fuera unas cuantas horas mientras Amelie charlaba con su abuelo y le explicaba con pelos y señales lo que acababa de pasar.

–Entonces, se llama Destino.

–Sí, abuelo, y sabe cazar salmones.

–Bueno, chica, eso lo tendremos que ver, si es que lo vemos algún día. Ya sabes que los animales esto lo hacen en la intimidad, quiero decir, que es muy poco probable, por no decir imposible, que la veas algún día en acción.

–Ya, eso me temo. Dejando eso de lado, es blanquita, es preciosa.

Amelie sentía cada vez más y más curiosidad por el nuevo inquilino, así que, en uno de sus ratos libres, se dispuso a buscar información sobre el zorro de las nieves.

"Con un pelaje que cambia de color, basado en el paso de las estaciones, el zorro ártico, polar o isatis, es el único mamífero nativo de Islandia que llegó a las regiones circumpolares del Ártico luego de desplazarse sobre el mar congelado, al final de la última glaciación. Su población está distribuida en países como Groenlandia, Rusia, Canadá, Alaska y Svalbard y, aunque actualmente no existe una cifra certera sobre el número de zorros árticos en el mundo, su estado de conservación es alto. [...]"

Eso fue lo que leyó Amelie, no sabía que cambiaban el color según las estaciones. Aunque, ahora que se detenía a mirar, Destino no era completamente blanca, quizá estaba empezando ya a cambiar el pelaje.

Destino se paseaba por la casa, todavía inquieta. Era su primer día como tal en casa de la joven Amelie, aunque ese lugar era básicamente un hotel para el animal.

Amelie quería darle todavía más libertad y, como dijo la veterinaria, se dispuso a ir a comprar una puerta la cual seguramente debería instalar ella sola.

Amelie se puso los zapatos y cogió el bolso, y Destino la miraba con cara rara. No sabía si eso era ganas de ir con ella o de querer salir, así que lo comprobó. Amelie cogió una bolsa bien grande donde guardaba las cosas de pescar, y metió a Destino ahí dentro. No parecía muy incómoda, la verdad, así que subieron al coche y ambas partieron a la ferretería más cercana.

Capítulo 5

CAPÍTULO 5:

Amelie estaba contenta, tan solo habían pasado unos días desde que instaló la puerta para Destino, y ya sabía utilizarla. La primera noche la pasó fuera, la herida la tenía todavía un poco mal, pero quería salir, necesitaba salir.

Sin embargo, volvió al día siguiente a por comida. Vio a Amelie en su casa, y esta consiguió lo que desde un buen principio quería de Destino; que hiciera lo que quisiera. Si tenía que volver, que volviera; si tenía que irse, que se fuera; si quería quedarse, que se quedara. No la obligaba a absolutamente nada.

Ese día, miércoles, sí que se vería con su abuelo, el cual había echado de menos, aunque fueran pocos los días que no se vieron.

Amelie ya se fiaba de dejar la puerta para Destino totalmente funcional, incluso si se iba de casa, porque por ahí no podía entrar una persona, la puerta estaba hecha especialmente para que sólo Destino pudiera pasar por ahí, y quizás algún que otro animal.

Amelie entonces se vistió, y puso rumbo a casa de su abuelo en Fanrem, con su coche. Cuando llegó, su abuelo estaba fuera de su casa a punto para recibirla, con una sonrisa de oreja a oreja. No era un hombre que expresara mucho sus sentimientos, pero cuando lo hacía, sabía la gente que era la sinceridad en estado puro.

A Amelie le fascinaba eso; que pudiera parecer tan verdadero. No todas las personas parecen tan verídicas, pues están todo el día con alguna emoción u otra, por lo contrario, su abuelo no era así.

Amelie le dio un fuerte abrazo, respiró ese olor tan característico de él, que le transportaba a la infancia, cuando todo era diferente. No diría mejor, pero sí diferente. Amelie se sentía mejor con su yo del presente, no quería volver a ser una niña, ahora es dueña de su vida.

–¿Qué tal? –preguntó el abuelo.

–La verdad es que muy bien, estos días de desconexión me han sentado genial, ¿tú qué te cuentas?

–¿Te digo una cosa? No he hecho absolutamente nada. –sonrió el abuelo.

-No me lo creo, ¿no has ni pescado?

-Ni eso Amelie, ni eso. Y no porque esté malo ni nada por el estilo, es que estoy empezando a cogerle el gustillo a hacer el vago.

Ambos entraron a casa del abuelo, Amelie se preparó un vaso de agua y empezó a observar por milésima vez las fotos que había por ahí.

El abuelo todavía guardaba las fotos de la abuela, y de sus padres también. A Amelie, mirar esas fotos le transmitían una sensación agri dulce, le gustaba recordar esos momentos, pero pensar que sus padres no estarían ya nunca más con ella, le partía el corazón.

Ahora sólo tiene a su abuelo, que ya está mayor, y a Destino. Antes de Destino solo se tenía a ella misma y a su abuelo.

Los padres de Amelie murieron en un accidente de tráfico, volviendo de una cena mientras Amelie estaba en casa de sus abuelos, ahora sólo de su abuelo. Después de eso, los tres quedaron destrozados. El abuelo de Amelie es por parte materna, al igual que su abuela, a sus abuelos por parte paterna nunca los llegó a conocer porque la vida decidió llevárselos.

El día que los padres de Amelie murieron, ella se enteró poco después del suceso, el abuelo recibió una llamada esa misma noche con la noticia, salió disparado por la puerta sin dar explicaciones, con lágrimas en sus ojos, otra de las pocas veces que expresó sus emociones.

Las semanas siguientes fueron difíciles y llenas de reuniones con agentes sociales, burocracia, etc. Aunque los encargados de adjudicar la custodia a los abuelos de Amelie fueron muy amables e hicieron todo el proceso mucho más rápido y cómodo, ya que Amelie era pequeña, tendría unos nueve años.

Fue muy traumático también, y la abuela de Amelie murió al año siguiente, era una mujer muy sufridora.

Amelie recuerda a su abuela como una mujer que hacía todas las tareas del hogar, porque no quería que nadie la ayudase porque sólo le gustaba cómo quedaba la casa cuando limpiaba ella. También la recordaba muy tradicional, quedaba con sus amigas y hablaban de los residentes del pueblo, de las chicas jóvenes que iban muy descubiertas, y volvía a casa y se lo contaba a Amelie de nuevo, quejándose de las nuevas generaciones. Era una mujer muy alegre con su familia, pero esa alegría se esfumó al verse rodeada de tristeza y oscuridad. Ella siempre repetía la misma frase: "Una madre nunca debería enterrar a su hija". Y cuánta razón tenía.

El tiempo que pasó hasta que la abuela murió se pudo ver claramente la evolución de su estado de ánimo, hasta que dejó de comer y de hacer vida normal, no podía valerse por sí misma y un día no amaneció, ya está.

El abuelo de Amelie aguanta, es duro como una roca, por eso Amelie lo aprecia tanto. Siempre que tiene un problema, cuando ya no queda más solución posible por probar, acude a él.

Amelie salió de su viaje a sus recuerdos con una palmada en la espalda de parte de su abuelo. Ambos se miraron y Amelie lo abrazó, muy fuerte.

–No quiero que tu también te vayas, abuelo. –dijo Amelie mientras lo abrazaba.

–Algún día Amelie, pero no hoy. Disfrútame mientras me tengas y no te preocupes demasiado, yo soy feliz –el abuelo apartó a Amelie para situarla de cara a las fotografías, de nuevo– al igual que ellos.

–Abuelo, ¿por qué me siento así al respecto?

–Amelie, la muerte es ley de vida. No puedo decirte que les llegara el momento, que ahí ya se acababa, que era el día. Porque ni yo lo sé. Pero lo que sí puedo decirte es que las cosas ya están hechas, y lo mejor que podemos hacer con ello es seguir con nuestras vidas.

Amelie cada día aprendía más de su abuelo, le encantaría tener su actitud frente a la vida. Obviamente estaba dolido al igual que ella, perdió a su mujer con la cual estuvo casado más de cuarenta años, con quien había pasado alegrías, penas, un hijo y una nieta. Perdió a su yerno, un hombre increíble, el padre de su nieta y quien le daba alegrías a su hija. Y seguía en pie, él que había visto más que Amelie.

–Abuelo, ¿tú me quieres?

–Amelie, por Dios, claro que te quiero.

Ambos se sentaron, Amelie continuó bebiéndose su vaso de agua y el abuelo fue a por un vaso de agua gaseosa. El motivo de la reunión era ponerse un poco al día de todo lo que habían estado hablando por teléfono, organizar alguna que otra salida de pesca, y plantearse un poco el tema de los pescadores furtivos.

Al abuelo le siguió sorprendiendo que Destino pudiera comer salmones, porque no siempre uno encuentra un salmón en tierra, a menos que alguien o algo lo hubiera sacado de ahí.

Tal como Amelie buscó, los zorros se alimentan de insectos, huevos de ave, crías de diversos mamíferos, ratones u otros micromamíferos. Por eso, le extrañó que la veterinaria le dijera que cazaba salmones, aunque sí que es verdad que el pelo y todo lo que viene a ser aspecto físico estaba perfecto, brillante y con un aspecto muy sano.

Empezó a llover un poco, así que el abuelo decidió encender la chimenea, porque siempre que llovía por la zona de Fanrem, el ambiente se volvía más frío.

El tema de los furtivos es algo que a Amelie no acababa de sentarle bien, quería saber más sobre ellos, porque no quería que siguieran ahí, por la zona.

–Abuelo, ¿qué han hecho los furtivos estos días?

–Pues, sorprendentemente, no ha habido tantos. Eso sí, los destrozos son los mismos. Colocan trampas, tanto para salmones como para quien se cruce por ahí, es como que quieren tener una zona para ellos solos, ¿sabes?

–¿Alguna vez has hablado con uno de ellos?

–No he tenido el gusto, que digamos. Pero no, nunca. Sí que alguna vez he intercambiado miradas con alguno, pero nunca palabras.

La lluvia cada vez estaba siendo más intensa, así que Amelie decidió que era hora de irse, antes que el día se pusiera más feo. Amelie se puso su chaqueta y su bolso, se despidió de su abuelo y subió al coche.

Durante el camino de vuelta le saltó el aviso de que le quedaba poca gasolina, así que decidió parar a repostar a una gasolinera que caía a medio camino, en Løkken Verk.

Aparcó y entró corriendo, para que no le cayera más lluvia encima.

–Buenas tardes, ciento noventa y siete coronas al surtidor número tres, por favor. De gasolina.

–Perfecto, ya lo tienes disponible.

Amelie entonces se dispuso a salir de la tienda, cuando el chico del mostrador la llamó.

–¿Eres Amelie?

Entonces, ella se giró. Reconoció la cara del chico del mostrador.

-¿Tu eres Axel?

Capítulo 6

CAPÍTULO 6:

Esa mañana Amelie se levantó pronto, a las cinco y media. Hoy sí que va a pescar con su abuelo, tenía muchísimas ganas. Después de estos días de calma, necesitaba un poco de acción.

Procedió a hacerse un café, darse una ducha caliente, escuchar un poco la radio y vestirse.

En cuanto se disponía a lavar el vaso, entró Destino por la puerta, una sorpresa agradable ya que la noche la había pasado fuera. Amelie le dio un trozo de queso que, al parecer, le encanta.

Destino se quedó merodeando por la casa mientras Amelie subía al coche, ya no tenía miedo de dónde se metía el animal, siempre llegaba bien, era independiente y sabía cuidar de sí misma.

Amelie le hizo una llamada perdida a su abuelo, para hacerle saber que ya estaba despierta y se iba camino al río.

Como siempre, dejó el Formentor a uno de los lados de la carretera, lo cerró y siguió caminando. Llevaba encima los aparatos para analizar el estado del agua, al igual que todas las personas que estaban ahí con ella.

Mientras Amelie estaba verificando los resultados, el chico de la gasolinera que se encontró ayer, se le acercó por detrás.

–¡Hola Amelie!

–Por Dios, ¡qué susto me has dado! –dijo Amelie.

–Lo siento, no quería asustarte, pareces estar muy concentrada.

–Lo cierto es que lo estoy. Pero no te preocupes, en unos segundos estoy contigo.

Amelie entonces pudo ver los resultados, el pH un poco más bajo de lo normal, aunque no era un dato preocupante, le intrigaba saber qué provocó el aumento.

–¿Algo anda mal? –preguntó Axel.

Axel fue amigo de Amelie en la primaria, al acabar el último curso no se supo más de él, aunque sabía que seguía vivo, no mantuvieron contacto a

duras penas.

-No, nada, es que el pH está más bajo de lo normal, pero no es preocupante, los salmones no van a morir.

-Y, ¿cómo tú por aquí, Amelie?

-Bueno, no sé si lo sabías, pero mis padres murieron en un accidente, y mi abuela al cabo del poco tiempo, por tristeza. Ahora me queda mi abuelo y me aficioné como él a la pesca y aquí estoy.

-No tenía ni idea, lo siento muchísimo.

-Tranquilo Axel, ya lo tengo asumido, ahora ya lo sabes. Déjame preguntarte lo mismo.

-Bueno, yo solo vengo por aquí caminando, ya sabes, a moverme un poco.

-¿Tan temprano?

-Sí, bueno, no es que haya peligro ni nada, es una zona bastante tranquila, ¿no?

-Bueno, depende de con quién te cruces.

-Supongo que sí.

Amelie entonces dejó en la maleta todo lo correspondiente a analizar el agua, que no ocupaba mucho. Procedió entonces a llamar a su abuelo.

-Abuelo, ya estoy. El pH está un poco bajo, no sé por qué, pero bueno, se puede pescar.

-¿El pH está bajo dices? Amelie, eso no es bueno.

-Ya lo sé, pero no está muy bajo, no es preocupante.

-Bueno, ten un ojo puesto a quién esté por ahí, si ves algo raro, me avisas. Voy de camino.

Amelie entonces empezó a caminar por la zona, sin alejarse mucho del punto donde siempre quedaba con su abuelo para verse los días que se juntaban para pescar.

No le gustaba nada esa irregularidad, a la que no estaba acostumbrada. No es que fuera una persona muy cuadrada y muy rutinaria, sino que siempre había tenido, por así decirlo, lo bueno y ahora que pasa algo malo

no sabe cómo reaccionar.

Pensó para sus adentros que esto podría haberse aguantado a cuando ella ya no estuviera por aquí, pero este hecho se ha de investigar.

Cada persona que veía haciendo un test estaba gastando múltiples gotas de producto para testar otra vez las aguas, era un hecho muy inusual.

El valor normal ronda el número siete, si sobrepasa este valor, es decir, más de siete, es que hay un incremento en la alcalinidad. Si llega a ser muy alto este número podría asemejarse a la lejía.

Por el contrario, si el valor es inferior a siete, es que hay un incremento en la acidez del agua, que se asemeja al zumo de un limón o al ácido de bacteria eléctrica.

El valor en el test está en seis, no es preocupante, pero debe tomarse alguna acción.

Amelie se paseó por distintos puntos del río, aún visible para su abuelo, y quiso tomar otro test. Destapó el recipiente, recogió la muestra e introdujo las gotas correspondientes. Seis, de nuevo.

Amelie comenzaba a ponerse nerviosa, si bajaba más, al cabo de las semanas la reproducción de peces se vería muy afectada y reducida críticamente. Si empezaban a criar menos los salmones, los pocos que sobrevivieran y salieran adelante, podrían llegar a morir, o envenenar a alguna persona por ingerir los ácidos del río.

No entendía nada de lo que estaba pasando, el río Orkla ha sido siempre un tesoro de la naturaleza para los pescadores de salmones y siempre se habían mantenido los niveles estables. Quizás con alguna variación, pero rápido se había podido solucionar.

Amelie sabía lo que hacer con las piscinas, poner bicarbonato de sodio para estabilizar los niveles, pero con un río no se puede hacer eso.

Saliendo de su ensoñación y de su caminata, escuchó que alguien la llamaba desde una distancia considerable, entonces Amelie se giró y se dio cuenta de que era su abuelo.

–¡Amelie! –gritaba su abuelo.

Entonces, ella aceleró el paso. No era una llamada de apuro, ni mucho menos, es que su abuelo era muy vago y no quería hacer el tramo que había de él hasta Amelie, ya era mayor, repetía él constantemente.

Entonces, cuando Amelie ya se situaba más cerca de él, hablaron.

-Abuelo, vas a asustar a los pobres salmones con esos gritos.

-Ay hija, déjate ya de esas cosas. Serán ellos los que nos asusten a nosotros, acabarán por desarrollar patas con esa agua de mierda que hay.

-¡Abuelo!, esa boca.

-Ay por Dios, que aquí todos somos grandes. -dijo el abuelo riéndose de Amelie, que sabía la rabia que le daba que hablara así.

-Abuelo, a veces pareces un cascarrabias.

-No lo parezco, lo soy. Vámonos.

Dicho eso, partieron hacia donde siempre se paraban a pescar y empezaron a preparar las cañas, las botas de agua y el resto del equipo de pesca. Esto les llevaba un rato, pero disfrutaban muchísimo después. Además, aunque estuvieran en la recta final de plena temporada, todavía había muy buenos ejemplares. Pero la preocupación por las aguas seguía.

Amelie se metió hoy en el agua, tenía ganas de ensuciarse para después llegar a su casa y darse una buena ducha caliente, ponerse ropa limpia y comer algo con Destino, que a saber qué estará haciendo.

Hoy la corriente no era muy fuerte, así que no había peligro. Normalmente al agua se metía su abuelo, los días que la corriente era más veloz, porque pesaba más y era menos probable que la corriente lo desequilibrase. Pero hoy, al ser un día con las aguas tranquilas, dentro de lo que cabe, Amelie se quiso lanzar.

Caminó hasta la orilla y empezó a meterse en el río, como ella, había unas cuantas personas más. Todos, aún siendo un día tranquilo, iban con cuidado, siempre es mejor ser precavido que curar una herida.

Amelie lanzó y recogió sedal unas cuantas veces, por no decir muchísimas. De esas muchísimas lanzadas y recogidas, sólo pudo pescar la mitad de lo que normalmente pescaba ella. Amelie era buena, no más que su abuelo, eso por supuesto, pero esas cifras la extrañaban.

-Esto no está bien. -espetó el abuelo.

-Nada bien.

-Amelie, coge todo este pescado y vámonos a tu casa, ya.

Amelie sabía que su abuelo tramaba algo así que, al acabar la jornada, a última hora de la tarde, pusieron rumbo a casa de Amelie.

Durante todo el trayecto su abuelo se mantuvo en silencio absoluto, con unos gestos faciales difíciles de percibir pero que eran de preocupación.

Llegaron y el abuelo se ocupó de coger la caja del pescado, dejando todo lo demás dentro del coche. No dijo nada.

Amelie entonces entró todo lo demás, mientras veía a su abuelo dirigirse a la cocina.

-¿Dónde tienes los cubiertos?

-Tengo un taco para cuchillos por ahí, al lado de la nevera, ¿lo ves? -dijo Amelie desde la entrada.

-Sí, sí. Cuando puedas, ven.

Amelie cuando acabó de dejar todas las cosas en la entrada, se quitó la chaqueta y la colgó en el perchero, y se dirigió a la cocina.

El abuelo estaba dejando los salmones encima de las encimeras, de momento sólo unos pocos.

-¿Qué vas a hacer? -preguntó Amelie, curiosa.

-Voy a abrir en canal a estos salmones.

-¿La razón?

-Me vas a dar bastoncillos para las orejas, que sé que tienes en algún lugar, y voy a coger muestras de todos los salmones. Te compraré una caja cuando vaya al pueblo, tranquila.

-No, si los bastoncillos no me preocupan, ¿lo haces para analizarlos?

-Claro. Con el dinero que tengo puedo permitirme llevar las muestras a un laboratorio y que las analicen. No me da la gana que me arruinen la temporada, que le quiten la fama al río Orkla ni que me dejen sin actividad favorita.

-Razón no te falta.

Entonces, Amelie llegó al baño y abrió los cajones, en uno de ellos había una caja transparente de bastoncillos, abierta. Al lado había otra sin abrir,

así que le dio al abuelo la que estaba sin abrir.

En ese momento, entraba Destino por la puerta, no era muy buen momento para que conociera al abuelo ni para que entrara en la cocina.

–Destino, ahora no es buen momento para entrar en la cocina.

–¿Qué dices, Amelie?

–¡Nada, nada! ¡Le hablo a Destino, abuelo! –gritó Amelie desde la otra punta de la casa.

–Déjala entrar, le doy un trozo de salmón, este os lo regalo, así la conozco.

Destino entonces entró como un torbellino en la cocina, al ver al abuelo, se paró en seco. Al ver el trozo de salmón que le había cortado el abuelo, se le iluminaron los ojos y se puso a su lado a gimotear, quería ya ese trozo de salmón.

–Madre mía, sí que sabe lo que es el salmón, sí.

Destino entonces lo cogió y salió fuera de casa a comérselo, era muy protectora con su comida.

Mientras el abuelo realizaba las muestras, Amelie fue a prepararse el pijama para ponérselo cuando se diera la tan deseada ducha. Era, probablemente, uno de los momentos más esperados de su día a día.

Capítulo 7

CAPÍTULO 7:

La perseguían, más rápidos que el viento, dos pescadores furtivos. Amelie corría y corría, pero cada vez los tenía más cerca. "¿Qué será de mí?" Se preguntaba.

Presa del miedo y el pavor, al borde de una catarata, se lanzó al vacío.

–Que sea lo que Dios quiera.

Dios quiso que Amelie siguiera con vida, al parecer. Aunque no sería tan fácil, puesto que la corriente se la estaba llevando. Lo que un día fue su fuente de ingresos y diversión, sería ahora su posible lecho de muerte si no salía del río cuanto antes.

El agua se le estaba metiendo por todos lados, estaba empezando a tragarla, inundando así sus pulmones. Amelie no lo podía creer. Nadaba con todas sus fuerzas, pero más fuerte era la corriente del río Orkla, que la llevaba cada vez con más fuerza y más enfado.

–¡Amelie!

No paraba de escuchar a alguien gritar su nombre. Era la voz de su abuelo, pero no lo veía.

–¡Amelie!

Seguían, incesantes, los gritos de su abuelo. Y entonces, todo se volvió negro.

–¡Me cago en la puta!

Amelie entonces despertó, pero de verdad. Había tenido una pesadilla. Una que parecía demasiado real.

Estaba sudando, con el corazón que le latía rapidísimo, era muy raro.

–Abuelo, lo siento...

–Amelie, no te disculpes, por el amor de Dios. Faltaría más. ¿Estás bien?

Al principio Amelie se vio muy extrañada de que su abuelo estuviera ahí, pero recién levantada de la pesadilla no se acordaba de que se había quedado a dormir a la habitación de al lado, y sí, la casa de Amelie tenía

dos habitaciones.

No es que fuera una casa muy grande, más bien sencilla. Con una entrada, una cocina a mano derecha y las habitaciones a mano izquierda. Después, justo delante de la entrada tenía unas escaleras que llevaban a una planta con absolutamente nada y que utilizaba a veces para meditar, o practicar sus hobbies, con una pequeña ventana.

–Sí, bueno, ahora sí. Gracias por levantarme.

–¿En qué soñabas?

–Me estaban persiguiendo unos furtivos, y yo al final decidía saltar por una cascada, me ahogaba... y esas cosas.

–Es que piensas demasiado en ellos Amelie, demasiado. Y no te hace ningún bien.

<<No me hace ningún bien, ni a mí ni a nadie>> pensó Amelie. Porque era verdad, sí que pensaba demasiado, pero se apostaba lo que fuera a que lo que pasó en el río el otro día, que el pH estuviera bajo, había sido por culpa de ellos.

Amelie se levantó de la cama, buscó a Destino, pero no estaba. Se habría marchado hace rato, seguramente. Su abuelo se había adelantado a ella y había preparado café, no había bebido mucho por lo que pudo ver. Cogió entonces una de las pocas tazas que tiene en la estantería y se sirvió una buena cantidad, café solo.

Estaba amargo, y eso la hacía despertar, además de los nervios que le provocaba el café al poco rato de haberlo bebido, pero no puede vivir sin él. La taza de las mañanas es ya ritual de Amelie. Seguidamente cogió el móvil, el cual se estuvo cargando toda la noche, costumbres.

Vio que tenía una notificación de Instagram, un tal Axel había comenzado a seguirla. <<Qué raro, voy a ver quién es>> Pensó Amelie. Era Axel, el chico que se encontró el otro día por el río caminando.

Echó un vistazo a su página y pudo ver... ¡Él también pescaba! Tenía fotos subidas a la red social con ejemplares enormes de salmones y otros peces que hay en diferentes épocas del año. Lo raro es que no se logra distinguir bien su cara, pero a juzgar por otros aspectos físicos, Amelie juraría que era el chico con el que intercambió unas pocas palabras el otro día.

Decidió pues, enviarle un mensaje.

Amelie: Hola, ¿eres el chico con quien estuve hablando el otro día en

el río Orkla?

Axel: Sí, supongo que tu eres Amelie.

Amelie: exactamente.

Amelie: Una pregunta ¿con quién sueles ir a pescar?

Ahí acabó la conversación. Ese mensaje se lo envió a las ocho de la mañana y no obtuvo respuesta. Ignorando eso, Amelie siguió con su día.

Ni su abuelo ni ella tenían planes así que decidieron pasar un rato más juntos, dando una vuelta por los alrededores.

Amelie y su abuelo se llevan muy bien, realmente, tan sólo se tienen el uno al otro, y se apoyan mucho en las decisiones que toman.

Amelie los condujo a ambos hacia el lugar donde se encontró a Destino por primera vez, ya que no la había visto en lo que llevaba de día.

Destino podría haberse ido a cualquier lado, pero lo que sabía es que iría a casa en algún momento u otro. Lo sabe porque siempre que entra deja las huellas marcadas de barro. Que podría ser otro animal, sí, pero ella creía que era Destino la que entraba.

Desde que inició la relación de Destino y Amelie, pocas veces se habían visto. Sí que es verdad que habían creado más vínculo, pero como siempre, Amelie prefiere dejarla ser libre y que pase por casa cuando lo necesite.

Algunas noches que eran muy frías, o llovía, Destino dormía en casa, comía algo y se iba al día siguiente o cuando le apeteciera.

Amelie seguía sumida en sus pensamientos mientras caminaba con su abuelo por el bosque. Cada vez se acercaban más al río, era el camino que se sabían y ya lo realizaban por inercia pura.

Llegaron a la parte del río Orkla que estaba más cerca de la casa de Amelie, ya que la casa del abuelo se encuentra a unos veinte kilómetros aproximadamente. A Amelie le pareció ver algo, a la velocidad de la luz, a lo lejos.

Pensó que era un animal, uno grande, pero no se dejan ver tan fácilmente y, a parte, ya saben que a esa zona van muchos humanos, no se acercan tanto.

-¡Amelie!

Se giró y era su abuelo, al cual había dejado atrás.

-¿Qué quieres?! -Gritó Amelie desde la otra punta.

-¡Hay un coche por ahí, ven a este árbol!

Amelie entonces se alejó de la orilla del río para poder meterse en el bosque y así, ir dónde le dijo su abuelo.

Cuando le faltaba poco para encontrarse con él, empezó a ver el coche. Era grande, negro, y una ranchera.

-Ya estoy aquí ¿qué pasa? -susurró Amelie.

-¿Ves a esos tipos de ahí? -señaló el abuelo- son furtivos.

A Amelie se le congeló el cuerpo, no sabía qué decir.

-Pero... ¿cómo lo sabes?

-Cuando empecé a tener éxito en la pesca, y a tener mis primeros contratos con grandes empresas, ellos eran mis amigos.

-¿Qué pasó?

-Pasó que empezaron a tenerme una envidia que no se aguantaban, y decidieron hacerme la competencia de esta manera.

-Supongo que no os caeréis bien. -Dijo Amelie.

-Tan mal nos caemos que, si me ven solo, Dios sabrá lo que me hacen.

Entonces, tras esa explicación, ambos se quedaron unos minutos más observando esa escena. Había, en concreto, tres hombres. Todos estaban corpulentos, llevaban camisas a cuadros, con pantalones y botas de pescar que les llegaban hasta las rodillas. Llevaban también unos gorros que parecía que abrigaban mucho. <<Qué mala es la envidia>> pensó Amelie. No asimilaba todavía lo que la gente podía llegar a hacer por envidia, por dinero, por pura avaricia. Su abuelo también era así, le gustaba el dinero y ganárselo. Pero no tenía el punto de maldad.

Capítulo 8

CAPÍTULO 8:

Casa de Amelie, 25 de junio de 2021.

Era la madrugada del veinticinco de junio, no era ningún día especial. Amelie estaba durmiendo y, de pronto, se levantó, sobresaltada.

–Otra pesadilla. –Dijo Amelie para sí misma.

Desde la última pesadilla que tuvo, estas no cesan. A veces, son solo un par de días, otras veces cada día se le repetía la misma. Ella saltando de la cascada, escuchando las voces de su abuelo, y se levanta cuando está a punto de chocar contra la roca.

Era muy temprano, y Amelie no podía dormir. Cogió su teléfono, todavía tumbada en la cama, obviamente no tenía ningún mensaje de nadie. Ni de Axel. Decidió entonces dejar el móvil otra vez encima de la mesita de noche y levantarse de una vez por todas, hoy tendría tiempo de sobras para prepararse el equipo de pesca.

Cuando hubo acabado, Amelie se preparó un café y se puso la bata y las zapatillas, salió fuera.

Dejó la puerta abierta, y se sentó en el suelo, dejando que el aire fresco acariciase su cara. Aunque estuviera a punto de entrar un nuevo mes, julio, por las mañanas todavía hacía ese frío que le encantaba tanto.

Cerró los ojos y bebió un pequeño sorbo de su café, le levantó el ánimo y le ayudó a despejarse un poco.

Miró a su alrededor y no vio nada extraño, no suelen haber muchas anomalías en ese pueblo, es más bien silencioso y callado, ya que no hay muchos jóvenes concentrados en un mismo pueblo.

Amelie entonces cayó en cuenta que Destino no estaba en casa, y ya pasaron uno cuantos días y noches que no la veía entrar.

Entró de nuevo, cerrando la puerta tras ella, y se dirigió a su habitación. Se preparó la ropa que se pondría después de la ducha, la segunda en un espacio de tiempo de unas cuantas horas, pero la necesitaba para despertarse.

Desbloqueó su móvil por última vez antes de irse a duchar y vio que su

abuelo le había escrito.

Abuelo: ¿Ya estás despierta?

Amelie: ¿Y tú?

Abuelo: ¿No ves que sí? Oye, ¿nos vemos en un rato?

Amelie: Voy a la ducha y te digo algo.

Abuelo: Vale, hasta ahora.

Amelie: En media hora estoy en tu casa.

Amelie por fin se vio con su abuelo, tuvo que conducir ella hasta la aldea.

-Toma. -Dijo el abuelo dándole cincuenta coronas.

-¿Pero esto a qué viene?

-Viene a que te voy a llevar a un sitio que está lejos y necesitarás dinero para la gasolina.

Amelie, boquiabierta, tomó las coronas y entraron los dos al coche. Seguidamente, ambos se pusieron el cinturón y el coche arrancó.

Cuando ya llevaban un rato conduciendo, Amelie encendió la radio y puso su emisora favorita, la cual solo retransmitía música.

-¿Y esto? -preguntó el abuelo.

-¿Y esto qué?

-La emisora esta, Amelie. ¿No escuchas tertulias?

-Me ponen muy nerviosa, no soporto a según qué locutores. Lo aprendí hace ya un tiempo cuando iba a mi antiguo trabajo.

-Hablando de trabajo, ¿te han llamado ya?

-Bueno, estoy hablando con la responsable de recursos humanos, a ver si hay suerte.

-No se trata de suerte Amelie, si es que te van a contratar seguro, eres

muy buena candidata.

Amelie llevaba tiempo forcejeando con un puesto de administrativa, en una empresa multinacional y con la modalidad de trabajo online. Quería conseguir el puesto a media jornada, ya que es lo que más le conviene dada la situación con su abuelo y que le encanta la pesca.

Amelie no tiene grandes caprichos, así que con unos setecientos euros al mes había más que suficiente.

Amelie no lo estaba pasando mal en ese momento, su abuelo le daba dinero para ir tirando, pero quería hacer su vida. En algún momento se plantearía la opción de trabajar a jornada completa, pero de momento a parcial estaba perfectamente.

Amelie todavía no sabía dónde la quería llevar su abuelo, además, era muy pronto para ir a ninguna parte.

A medida que avanzaban por la carretera, por la cual no se habían cruzado todavía a ningún coche, se podía ver que se dirigían a la parte norte del río, bastante lejos.

–Amelie, aparca ahí.

–¿Ahí tal cual?

–Ahí, sí. Métete un poco en los árboles, pero sí, ahí.

Entonces Amelie se dirigió hacia los árboles y aparcó en un lugar el cual camuflaba un poco al vehículo.

Puso el freno de mano.

–Bien, ¿me puedes explicar ahora qué hacemos aquí?

–Sal del coche y sígueme, durante el camino te lo explico todo.

Amelie y su abuelo salieron del coche y empezaron a caminar en dirección contraria al coche, hasta que llegaron a un camino bifurcado y el abuelo los hizo tomar el camino de la derecha.

–Abuelo. –dijo Amelie, impaciente.

–Vamos a ver a furtivos.

–¿Qué dices tu ahora? –preguntó Amelie, atónita, quedándose anclada al

suelo.

–¿No querías verlos tu? Pues vamos a hacerlo.

–¿Y qué hacemos nosotros dos ahí? Quiero decir, que nos pueden hasta llegar a matar abuelo.

–Pues los vamos a observar en el agua.

Amelie entonces decidió callar, no había respuesta coherente, o al menos que ella entendiera, por parte de su abuelo. Cuando empezaba a hablar de un modo que todo lo que decía eran acertijos, Amelie se rendía.

Empezaron a caminar y Amelie entonces ya se hizo una idea de aquello que quería decir su abuelo. Irían al lado norte del río para ver a los furtivos y ver si abocaban cualquier tipo de químicos, de ahí el pH bajo del agua.

El abuelo de Amelie ralentizó el paso, haciéndole señas a Amelie para que hiciera lo mismo. Su abuelo entonces se dirigió a una cabaña en bastante mal estado.

–¿A dónde vamos? –susurró Amelie.

–Vamos ahí dentro, de esa cabaña, ahí podremos hablar un poco más alto, aunque tendremos que tener cuidado.

Atravesaron la maleza que acechaba en cada paso que ellos dos daban.

La cabaña estaba justo entre los árboles, a unos cincuenta metros del río, y más allá, en el centro de este, había un grupo de unos tres hombres.

Había una puerta para entrar a esa cabaña, la cual no medía más de cinco metros cuadrados. La puerta chirrió al abrirla, debía llevar años cerrada, o al menos que no la hubieran engrasado como es debido.

–¡Joder! –exclamó el abuelo.

–¡Que nos van a escuchar! –susurró Amelie, entrando a la cabaña.

La cabaña tenía una mirilla, por la cual se observaba perfectamente a los tres hombres y un tramo más del río, como si fuera un puesto de cacería.

Primero miró el abuelo, y después Amelie, y así se turnaron durante un buen rato, sin decir palabra.

Justo cuando creían que la cosa no iba a ponerse interesante, a punto de

irse, uno de ellos empezó a andar hacia la cabaña.

Amelie y su abuelo retrocedieron lentamente, sin llamar la atención de nadie, y se cubrieron con un árbol frondoso.

El furtivo se situó justo detrás de la cabaña para hacer sus necesidades, al abuelo casi le da una arcada de ver lo que acababa de ver.

Amelie se lo quedó mirando, al abuelo, aguantándose la risa, porque la reacción de su abuelo era digna de ataque de risa.

Después de lo que acababan de presenciar, el furtivo volvió a su lugar, pero Amelie y su abuelo siguieron en su punto. Pudieron observar algunas herramientas tales como trampas que los furtivos situaban en los puntos de corrientes más fuertes para atrapar a los salmones, cosa que también explicaba la escasez temprana de salmón que había esos días, a parte de la característica del agua.

Entonces lo vieron, en el punto en el que estaban ellos, y no sólo en los que habían analizado, estaban derramando ácidos, en grandes cantidades.

Capítulo 9

Capítulo 9:

La vuelta a casa fue muy rápida. Después de haber presenciado lo que todos se temían, Amelie y su abuelo, con cuidado, dieron media vuelta y se dirigieron al coche.

Por el camino se encontraron a varios conocidos, a quienes no quisieron alertar ni causar incomodidad y saludaron como siempre. Pero, una vez en el coche, nadie dijo nada, estaban asustados.

Pasaron por varias carreteras, algunas más transitadas que otras dado que había mucha gente que iba a pescar, <<pero no durante mucho más tiempo>>, interrumpió el pensamiento intrusivo de Amelie.

A lo lejos, quizás a unos dos kilómetros, Amelie empezó a divisar lo que era niebla, pero no una niebla normal y corriente, no. Era una niebla densa, que cada vez, y más rápido, se hacía con todo el terreno.

El abuelo de Amelie empezó a quedarse dormido, lo cual le daba un poco de privacidad dentro del viaje que tenían que hacer de vuelta. Amelie primero dejaría a su abuelo y después esta se dirigiría hacia su casa, donde se quedaría hasta mañana por la mañana.

Amelie apagó la radio, se centró en conducir y encendió las luces antiniebla.

Ese clima tenía un aura misteriosa, había visto niebla, obviamente, en algún momento de su vida, pero nunca tan densa. Era extraño porque no sabía a qué se debía, y suerte que no la había visto su abuelo ya que, si no, estaría ya hablando de sus teorías conspiratorias y de la evaporación de materia y eso provocaba la niebla, pero se había dormido mucho antes de ver nada.

Se lo contaría al día siguiente, quería ahorrarse dolores de cabeza el resto del día.

Llegaron a casa del abuelo, y este seguía durmiendo plácidamente en el asiento del coche.

—Abuelo, despierta, hemos llegado.

—¿Y no me has despertado?

—¿No ves que no?

El abuelo miró a Amelie con mala cara antes de salir del coche.

—Oye, abuelo espera.

El abuelo se detuvo con media puerta abierta y dio media vuelta. Se dispuso a escuchar.

—No te he despertado porque hemos pasado por una niebla muy densa, y pensé que quizás empezarías a hablarme otra vez de tus teorías. No te lo tomes a mal, pero hoy necesito un descanso de todo esto abuelo.

—Lo entiendo perfectamente Amelie, pero intenta no pagar conmigo tus enfados, ¿vale? Este corazoncito —señaló con su dedo índice el abuelo su corazón— puede ponerse triste.

—Abuelo... no me digas eso, ahora llegaré a casa y voy a llorar mucho.
—Bromeó Amelie.

—Mira, así no vas después a hacer pipí.

—Siempre me dices lo mismo cuando lloro.

—Porque es verdad.

Entonces, el abuelo acabó de salir del coche y se encaminó a su casa, al abrir su puerta, se dio la vuelta para despedirse de Amelie con la mano, quien le devolvió el gesto.

Amelie, poniendo rumbo a su casa, no podía parar de pensar en lo sucedido. Un sentimiento de impotencia inundaba toda su esencia y su ser, no sabía qué hacer, ni cómo parar lo que acababa de ver, porque seguro que no era la primera vez que eso pasaba.

Amelie llegó a su casa y aparcó el coche donde siempre, justo delante de su casa.

Se bajó del coche y entró, esperando encontrarse a Destino, pero ni rastro de ella, <<ya vendrá>> pensó Amelie.

Se dio una ducha caliente que duró un par de minutos, siempre le era muy reconfortante, aunque estuvieran a punto de entrar en verano, y tampoco es que en esa zona haga precisamente calor, pero el cambio térmico era notable.

Salió de la ducha y se puso un chándal, y se almorzó un poco de embutido con queso, mientras una taza de café solo y las noticias que veía en su

móvil la acompañaban.

Le encantaba tener tiempo para ella sola, pero cuando pasaban cosas malas o cuando los pensamientos de los furtivos acechan, no le gusta nada.

Siempre ha pensado que el hecho de aprender a estar con uno mismo, y más solo, es muy importante y que debería profundizar en ello, pues ella vive sola y ha pasado por mucho, sola.

Pero eso no era motivo para ponerse triste, ese ha sido su modo de vida durante muchos años y no le ha parecido extraño, es obvio que echa de menos a su familia, pero tiene a su abuelo, y ahora también a Destino, aunque sea un alma libre y salvaje.

Fuera de esa ensoñación ya, Amelie se dispuso a salir a caminar un rato largo, para despejarse la mente. Cuando salió de casa, vio que la niebla había avanzado hasta la zona donde ella reside, dejando bastante a ver, pero sabía que iba a acabar peor.

Amelie igualmente quiso salir a dar unos pasos, <<no muchos>>, se dijo para sí misma. Puesto que no quería correr peligro de estar en medio del bosque y no saber por dónde ir, uno de sus grandes temores.

Se llevó el móvil, como siempre, parecía una parte de ella ya, se había vuelto indispensable, más ahora.

Por el camino, se encontró diferentes trozos de comida, no sabía qué era exactamente, pero sabía que era comida, pensó en Destino y, como si de telepatía se tratara, ahí apareció ella.

Destino estaba muy contenta de haberse encontrado a Amelie, hacía aproximadamente una semana que no se veían.

Amelie la inspeccionó en busca de heridas o alguna que otra garrapata, pero no encontró nada en ella, solo sangre que supuso que sería de algún animal o salmón que se habría comido, porque no procedía de ella.

Ambas se dirigieron a casa, contentas de estar la una con la otra.

Las horas pasaron y no ocurrió nada fuera de lo común. Amelie no recibió ninguna llamada de su abuelo, aunque le envió un mensaje de buenas noches cuando se acercaba la hora a la que normalmente el hombre se iba a dormir, le devolvió el mensaje. Pero por lo demás, nada raro. Sí que seguía la niebla tendida sobre todo el barrio, más densa diría Amelie, hasta tenía miedo que Destino saliera y no supiera encontrar el camino a casa. Pero, al fin y al cabo, es un animal salvaje, y siempre ha vivido en

los bosques, <<se las sabría apañar>>.

Amelie se puso el pijama, uno que abrigaba más que los que normalmente se ponía en esa temporada, porque esa noche había refrescado debido a que no había dado el sol en todo el día, y si se le suma el fenómeno de la niebla, el resultado está dado.

Entonces Amelie se preparó algo simple para cenar mientras Destino dormía plácidamente a los pies de la mesa.

De pronto, el ruido de un motor interrumpió su cena. Amelie, paranoica, decidió apagar las luces, pues se conocía a todo el vecindario y, por muy estudiado que parezca, sabía que nadie salía a esas horas y menos con las condiciones meteorológicas de ese momento.

Bloqueó la puerta de acceso para Destino, para que esta no saliera y no la delatara en caso que fuera alguien intrusivo, además, no se enteró a penas de los movimientos de Amelie, el animal dormía.

Entonces, Amelie fue a su habitación y se acercó a una de las ventanas, apartó un poco la cortina y observó lo que la niebla le permitía observar.

Pudo ver, por las sombras, una figura masculina que se dirigía a la casa de una vecina. Amelie cogió el móvil, presa del pánico.

Pero se sorprendió al ver que la vecina le abría la puerta a esa figura, y la recibía con un beso en los labios, cosa que impactó a Amelie ya que la vecina estaba casada, y juraría que, al hombre o a la mujer que acababa de recibir, no era su esposo.

Amelie entonces decidió dejarlo pasar, al menos tendría algún cotilleo al día siguiente para contarle a su abuelo, quien seguro pondría el grito en el cielo pues la vecina de Amelie era conocida por su bondad y dedicación a su familia y esposo, una mujer muy "tradicional" pese a tener aproximadamente 30 años.

Capítulo 10

Capítulo 10:



El ambiente era tenso, o al menos eso es lo que percibió Amelie al levantarse. Todo lo ocurrido el día anterior, los furtivos, la vuelta en coche tan incómoda, y lo de la silueta de anoche, fue demasiado. Después de unos largos minutos, decidió levantarse de la cama y empezar el día. Le envió una foto a su abuelo para que supiera que estaba despierta, que podía llamarla en cuanto quisiera, tenía todo el día libre.

Destino no estaba en casa, aunque sí que se podía ver que había comido ya que el cuenco en el que está la comida estaba vacío. El animal poco a poco estaba empezando a tener unos horarios, pasaba más noches dentro de casa que fuera en el bosque, y normalmente a esas horas de la mañana no rondaba cerca.

Amelie procedió a hacerse su café de cada mañana, a escuchar un poco de música y a prepararse, mientras el café se filtraba, la ropa que se iba a poner ese día. Habiendo desayunado en solitario, inmersa en su imaginación, y sin una notificación en su teléfono, Destino entró, húmeda y apestando a pescado, una mezcla de diferentes tipos, lo más probable.

Sorprendida, Amelie empezó a observar a Destino a partir de ese momento, y pudo ver que también tenía sangre en el morro, probablemente de haber cazado algo, o de alguna pequeña herida en la zona. Ese olor iba a quedarse en el pelaje del animal, y Amelie por mucho que adora a la naturaleza, no podía convivir con ese aroma, así que decidió llamar a la veterinaria.

—Buenos días, soy Amelie.

—¡Amelie! Buenos días, ¿ha ocurrido algo?

—No, todo bien. Por cierto, tenemos nombre, se llama Destino —dijo Amelie— y quería preguntarle si se puede bañar a un animal de este tipo.

—Claro, pero le va a costar un poco si todavía no ha desarrollado la confianza que requiere para poder bañarla —apuntó la veterinaria— ya sabe, por el contacto físico. Además, no sé si le di algún champú especial.

—Claro, es cierto, a ver cómo lo hago, ya que ha entrado a casa apestando a vaya a saber qué pescado, —respondió Amelie— y no tengo ningún champú, ¿no puedo usar alguno de perros?

—No será adecuado, pero si se pasa por aquí podría conseguir hacer una mezcla y así se la explico y la podrá hacer usted en casa, ¿le parece bien?

—Sí, claro. No le veo ningún problema. ¿A qué hora puedo pasarme?

—Desde las nueve de la mañana estamos abiertos hasta las cinco de la tarde hoy, debemos ir a otro sitio por eso cerramos un poco antes.

—Perfecto, me paso en un rato, adiós.

Y así se despidió Amelie de la veterinaria, ya que realmente Destino desprendía un olor horrible para el ser humano, quizás para ella no ya que, al parecer, al animal le encantaba oler así, pero a Amelie le mareaba ese olor fuerte de pescado.

Amelie entonces se vistió, y salió a dar unos pasos, a ver si Destino hacía sus necesidades y así podía ir a la veterinaria con ella. No habían caminado las dos juntas tanto rato, ni de esa manera, parece que la criatura cada vez estaba más acostumbrada a la presencia de la vida humana, con bondad, en su vida. Era increíble como un animal que no fuera perro o gato, pudiera desarrollar cualquier tipo de amistad con el ser humano, o al menos eso es lo que creía Amelie hasta hace bien poco, cuando básicamente la relación que tenía con Destino era puramente alimentarse y conseguir refugio. Destino en ese paseo siempre estuvo unos pasos más adelante, olisqueando todo lo que se encontraba a su paso.

Destino entonces hizo sus necesidades y Amelie decidió dar media vuelta para poner rumbo a su casa. No se habían alejado mucho, por lo que no tardarían en llegar al veterinario. En el coche, había una cestita en el asiento de delante para que el animal estuviera tranquilo durante el trayecto, era otra de las pocas veces que subía al coche, y siempre

sorprendía su reacción, estaba totalmente calmada.

Disfrutaron las dos de las vistas de camino al veterinario, admirando los paisajes que proporcionaban las zonas por las cuales iban pasando. Había un poco de niebla, igual que anoche, y a Amelie le encantaba ese ambiente que transmitía tanta paz y tranquilidad.

Mientras buscaban aparcamiento, Destino empezó a mirar por la ventana, como si ella también empezara a buscar aparcamiento.

En cuanto lo encontraron, Amelie le colocó un collar a Destino, e intentó también ponerle la correa con el mosquetón, lo cual fue un éxito. Entonces intentó salir del coche dirigiendo a Destino hacia la puerta del veterinario, forcejeando un poco y con unos trozos de carne, fue posible llegar hasta la consulta, donde le esperaba un baño que le iba a quitar el olor que llevaba consigo el animal.

Después de haberla secado, volvieron a casa y Destino estuvo unas horas sin querer saber nada de Amelie.

—Vamos, ya sé que no querías que te bañara, pero era necesario, ¡apestabas! —dijo Amelie.

Entonces Destino, quien estaba de cara a Amelie, se dio la vuelta en señal de protesta, lo cual se interpretó como más enfado todavía por parte de la pobre Destino.

El teléfono de Amelie empezó a sonar, era su abuelo.

—Buenos días pequeña, ¿qué haces hoy? —dijo su abuelo.

—Buenos días abuelo, pues hoy no hago nada, ¿quieres que vaya a verte y te cuento una cosa que pasó anoche? Vas a quedarte boquiabierto.

—A estas edades pocas cosas me sorprenden, pero bueno, ven y hablamos un rato, voy preparando un poco de comida para picar, ¿o te quedas a comer?

—¡Me quedo! En media hora estoy ahí, más o menos.

Entonces Amelie cogió su chaqueta, su bolso y sus llaves, y en cuanto se dispuso a salir por la puerta, vio que Destino la miraba con ojos apenados.

—¿Vienes?

No pasó ni un segundo que Destino pegó un salto y se situó justo al lado

de Amelie, ahora iban las dos juntas a casa del abuelo.

Ese estaba siendo un día muy ajetreado, el baño de Destino, y ahora la comida en casa del abuelo con Destino como invitada. No había avisado a su abuelo de que se venía, pues nunca lo había hecho, pero estaba contenta de que cada vez le fuera cogiendo más y más cariño, le estaba empezando a gustar mucho su compañía, no se sentía sola en casa, a pesar de que tenía a su abuelo a unos pueblos más allá.

Amelie entonces aparcó delante de la casa de su abuelo y abrió la puerta del lado donde estaba Destino. Esta salió de un brinco y empezó a corretear por la parte delantera de la casa. Entonces Amelie llamó a la puerta, y a Destino, para que entrara también. El abuelo pareció venir corriendo por el pasillo, cosa que era muy extraña ya que nunca tenía prisa para ir a ninguna parte.

—¡Entra! ¡Corre! —susurró el abuelo.

Entonces tanto Amelie como Destino entraron rápidamente al domicilio, el cual estaba absolutamente a oscuras, menos por la luz que entraba a través de las cortinas.

—¿Me puedes explicar qué pasa? —preguntó Amelie, alarmada, al ver a su abuelo de esa manera.

—Que hace un rato, después de llamarte, he visto a gente rara paseando por aquí, y no quería que te vieran.

—Abuelo, haberme llamado y no vengo, ¿estamos en peligro?

—No lo creo, pero no enciendas las luces.

Entonces el abuelo dirigió la mirada al suelo y vio a Destino hecha una bola, temblando.

—¿Te has traído al bicho este? —bromeó el abuelo.

—No la llames así, anda. Está asustada.

—Era broma, ya se le ve que está asustada. Ven, vamos a sentarnos y me cuentas eso que dijiste que me iba a dejar boquiabierto.

Amelie entonces se sentó en el sofá con su abuelo, con las luces apagadas, mirando de vez en cuando hacia fuera, a ver si veía alguna sombra, aunque con la cantidad de niebla que había, seguro que no podía ver ni lo que estaba a cinco metros. Suerte que había llegado bien con el

coche, podría haber tenido un accidente.

Entonces, después de esa observación, Amelie procedió a contarle lo de la silueta de aquel hombre o mujer, todavía sin saberlo, a su abuelo.

—¿No sería su marido?

—No abuelo, era una silueta que no era la de su marido, ya te lo digo yo.

—Sí que tienes bien estudiado a su marido, ¿no? —bromeó de nuevo el abuelo.

—¡Pero bueno! —dijo Amelie.

El abuelo soltó una gran carcajada, al igual que Amelie, ya sabía que ese tipo de hombres, y menos casados, no eran su estilo.

—Qué raro, a esas horas de la noche. Sería un amante o un asesino. —el abuelo abrió los ojos al decir esa palabra.

—Lo que nos faltaba abuelo, un asesino en la zona, como si no tuviéramos ya suficiente con los furtivos, ahora también los hay de humanos.

—Ojo por ojo, diente por diente. Será la venganza de los salmones, ya verás.

Entonces ellos dos siguieron hablando de estas teorías que no tenían ni pies ni cabeza durante un buen rato, mientras Destino dormía un poco, y se iba moviendo.

El abuelo entonces en un momento dado sacó un gran plato del horno con varios trozos de carne, unas cuantas patatas y un poco de verdura para que comieran ellos dos. Amelie cogió los cubiertos y los platos y los llevó a la mesa de café delante de los sofás y ahí estuvieron comiendo y hablando.

En un momento dado, pasadas unas horas, escuchan el sonido de un coche, que no era el de Amelie.

—No me lo han robado.

—¿Cómo te van a robar el coche Amelie? Si lo tienes cerrado.

Entonces Amelie se levantó de la silla y se dirigió a una de las partes más oscuras de toda la casa que tuviera una ventana, así no la verían desde fuera.

Una persona salió del coche, que era negro, parecido al de Amelie, pero ni era la misma marca y, por lo tanto, no el mismo modelo. Amelie sintió miedo, y su abuelo se acercó. La persona pasó de largo del coche de Amelie, y estuvo mirando al suelo un buen rato, buscando algo. Se paró en cuanto vio una huella, se agachó para mirarla más de cerca y se levantó, eran las huellas de Destino.

Esta persona intentó seguir las huellas a ver si le llevaban a algún lado, y obviamente le llevaban a la puerta de la casa del abuelo de Amelie. El hombre se quedó en el centro del terreno, meditando si entrar o no, entonces, decidió picar al timbre. Amelie y su abuelo se miraron espantados, ¿qué querría esa persona?

—Voy yo —dijo el abuelo— probablemente me conozca, me llevo la navaja conmigo, por si hiciera falta.

Entonces, Amelie cogió a Destino, que se puso un poco nerviosa, y la encerró en el lavabo. Salió de él y se puso al lado de la puerta, donde quien hubiera fuera no la viera, con navaja en mano.

—Buenos días, ¿en qué le puedo ayudar?

—Buenos días señor, ¿ha entrado un zorro a esta propiedad? —se percibió por la voz que era un hombre.

—Entró y salió por esta misma puerta, le pegué con el palo de una escoba, no sé qué haría por aquí. ¿Hay algún problema?

—Estaba buscando a un zorro y creo que vino en esta dirección, he estado siguiendo huellas que me he encontrado por el camino, al lado de la carretera.

Amelie sabía entonces que posiblemente hablaba de Destino, pero Destino no fue por la carretera, estaba en el coche de Amelie durante el trayecto, ¿se estaría inventando ese hombre toda esa información?

—Bueno señor, yo lo he visto ir hacia esa dirección —el abuelo señaló la continuación de la carretera— a ver si lo encuentra.

—Gracias.

Entonces el abuelo esperó a que el hombre subiera al coche con el que había venido y cerró la puerta. Se dio la vuelta y miró a Amelie, con cara de preocupación.

—Amelie, creo que era uno de los furtivos del otro día, ¿recuerdas la cara

de alguno?

—No mucho, la verdad. Pero si tu dices que sí, te creo.

—Ahora saben dónde vivo, Amelie.

Capítulo 11

Capítulo 11:

No había pruebas, tampoco dudas. El abuelo tenía muy claro de lo que hablaba, y no lo había visto tan seguro con algo como con el hecho de que ese hombre, alto y robusto, de la edad del abuelo, era alguien que iba tras él. La frase que le dijo el abuelo la perseguía, no podía pensar en perderlo a él también, se quedaría sola. Le extrañaba el hecho de que no hubieran decidido esos hombres ir antes a por su abuelo, es decir, años atrás, ¿por qué ahora?

Amelie no podía parar de dar vueltas en la cama, estaba en otra habitación de la casa de su abuelo con Destino en el cuarto, por suerte la habitación no tenía ventanas, haciendo más difícil el poder vigilar, todo el mundo necesitaba dormir esa noche, pero claramente estaba siendo una tarea muy complicada.

El teléfono vibró y Destino giró rápidamente, asustada.

—No pasa nada, es mi teléfono, ahora lo pongo en modo silencio, tranquila. Vuelve a dormir.

Y como si la hubiera entendido, el animal se volvió y se durmió.

Amelie pudo ver que, efectivamente, el teléfono había vibrado por una notificación que le llegó, era Axel y el mensaje decía así:

Axel: Buenas noches, ¿puedes hablar un minuto?

Amelie: Buenas noches, sí, estoy teniendo problemas para dormir. No pegaré ojo en toda la noche.

Axel: Perfecto, ¿podría hacerte una videollamada?

Amelie: ¿Para qué? Es decir, ¿no me puedes explicar lo que tengas que decirme por mensaje de texto?

Axel: Es complicado, Amelie. Sé que apenas nos conocemos actualmente, pero es importante, créeme.

Amelie: Vale, llámame.

Entonces al cabo de los segundos, Amelie ya estaba recibiendo en su teléfono la notificación de videollamada entrante por parte de Axel. Todo era muy extraño, ¿qué sería tan importante como para llamar a la madrugada? Aún así, ella dudó en si atender la llamada o dejarlo pasar y ponerle alguna excusa, decidiéndose al final por responder la llamada.

—Vaya, no se te ve la cara, Axel.

—Lo sé, es que estoy con las luces apagadas. Veo que tú también, ¿a qué se debe?

—Bueno, estoy en casa de mi abuelo y un hombre extraño ha venido preguntando por un zorro.

—¿Un zorro? —preguntó Axel.

—Sí, decía algo de un zorro, que le había estado siguiendo las huellas por la carretera.

—Qué extraño me parece. Bueno, lo que te quería comentar. El otro día, vi que estuviste mirando mis redes sociales, y yo las tuyas, ambos pescamos, ¿verdad?

—Sí... ¿a qué viene todo esto? —preguntó Amelie un tanto extrañada.

—Bien, sé que estás detrás de un fenómeno anormal que está ocurriendo en los niveles del pH del río, como todos los demás, pero es que el otro día, me adentré más en el bosque, para subir a la parte de arriba del río.

—Continúa.

—Bien, pues vi una cabaña, aunque no estuve cerca, y vi un grupo de hombres de unos setenta años, lanzando químicos al río, ¿alguna idea de qué hacer con esta gente? No sabía cuándo decírtelo.

Amelie se quedó muy sorprendida, ¿dónde estaría Axel en ese momento que ni ella ni su abuelo lo vieron? Se arriesgó mucho él también al adentrarse en ese territorio.

—Verás Axel, yo también los vi, estaba justo ahí, en la cabaña, esto lo tengo hablado con mi abuelo. Y sobre el hombre este que vino a preguntar por el zorro, es un furtivo.

—¿Podemos reunirnos mañana? Quiero decir, en unas horas.

—Sí, pero tendrá que ser en mi casa, no creo que la casa de mi abuelo sea un lugar seguro para hablar de estas cosas, creo que nos están vigilando. Te paso ahora la dirección, a las 06:00 A.M.

—Perfecto.

Y así quedó con Axel. Amelie entonces decidió que no podía dormir y se preparó un poco de café, tan solo usó la linterna del teléfono para poder filtrar un poco del poco café que tenía el abuelo, y esperó a que diera la hora. Entonces, despertó al abuelo, y en cuestión de diez minutos, ambos, con Destino, ponían rumbo a la casa de Amelie.

—Entonces dices que este chico los vio.

—Eso es lo que dice, yo me fiaría de su palabra.

No intercambiaron nada más, más que alguna frase respecto a Destino moviéndose en los asientos de atrás del vehículo, pero no mucho más.

Al llegar al espacio donde Amelie siempre aparca su coche, se encontró que delante de la puerta estaba Axel, él solo, como dedujo Amelie. Iba con una chaqueta fina de color azul, una camisa de cuadros por fuera del pantalón vaquero, y unas bambas claramente de montaña. Tenía un gesto en la cara de preocupación.

—¿Llevas mucho esperando? —preguntó Amelie.

—No, tranquila, tan solo estoy vigilando.

—¿Tú eres el amigo de Amelie? —preguntó el abuelo.

—Así es, señor. Soy Axel, todo un gusto —dijo Axel extendiéndole la mano.

—No hace falta, joven, vamos a pasar dentro, que todavía aquí nos pueden disparar.

—¡Abuelo! ¡Calla ya! —dijo Amelie, irritada.

Entraron los tres, dejaron las chaquetas en un mueble de la entrada de la casa y se dirigieron al salón.

—Ahora vuelvo —dijo Amelie— voy a preparar unas infusiones.

Entonces se dirigió a la cocina, dejando la puerta abierta, para poder ver qué hacían su abuelo y Axel, que no intercambiaban una sola palabra. A Axel se lo podía ver intimidado por la presencia del abuelo, mientras que el abuelo no estaba intimidado, ni mucho menos, simplemente no quería

hablar, quizá por todo lo que había ocurrido, y porque no le gustaba trabar amistad con gente desconocida, y más joven que él.

Amelie se decantó por unas manzanillas, para poder calmar los nervios. Sacó unos cuantos sobres de la infusión, sacó de los armarios tres tazas y tres platos y se dispuso a prepararlas. En cuanto las tuvo listas, las llevó una a una a la mesa de centro que tenía en el salón, donde estaban sentados Axel y su abuelo. Ella se sentó al lado de su abuelo, expectante a quién hablaría primero, tenía la sensación de que iba a ser ella quien iniciase la conversación, pero su abuelo se adelantó, siendo impropio de él.

—En unos días hay una competición de pesca, ¿lo sabíais?

—Sí, señor. ¿Qué nos quiere decir con eso? —intervino Axel.

—Quiero decir que aprovecharemos ese día y me ayudaréis a vaciar mi casa, no iremos a pescar.

—¿Cómo que a vaciar? ¿Y dónde irás? —preguntó Amelie, sorprendida.

—Me vendré contigo, las cosas no se van a poner mucho mejor.

—Pero si no asistimos a la competición, sabrá la gente que algo ocurre, no has faltado a ninguna, abuelo.

—Tiene razón Amelie, se van a extrañar mucho.

—Entonces os iréis turnando vosotros. Yo me quedaré pescando, y cada tres cuartos de hora vendrá uno de vosotros, haréis relevo.

—¿Ya tienes cajas para poder guardar todo lo que tienes?

—Las tengo, sí, en el cuarto de la limpieza.

—No se hable más. Por cierto, hoy os quedáis todos aquí a pasar la noche. Axel dormirá en el sofá, el abuelo en la otra habitación y yo en la mía, dejando todas las puertas abiertas, ¿de acuerdo?

El resto del día transcurrió como todos esperaban. No hubo mucho movimiento por la zona más que algún vecino sacando a su perro a pasear, o algún coche pasando por la carretera, fue un día fuera de lo común. No salieron, pues no querían ser vistos por nadie que los pudiera reconocer, menos a su abuelo y a Axel. Amelie no era tan conocida así que no corría tanto peligro si alguien la veía, pero si veían a las personas que estaban con ella, capaz que también corriera algún tipo de peligro.

Amelie empezó a darle vueltas a las cosas, no sabía qué iba a ser de ella y de su abuelo, y de la pesca y de los salmones de la zona, le apenaba mucho toda esa situación pues no dejaba de haber sido y de ser toda su vida, y ahora parecía que todo aquello que amaba y que tanto disfrutaba estaba siendo arrebatado de sus manos a una velocidad que daba miedo.

Pasado un rato, Amelie fue a hacerse la comida, bastante simple, y se cruzó con su abuelo.

—¿Qué tal, pequeña? —preguntó su abuelo.

—Ya sabes, de esa manera.

Intercambiaron pocas palabras más, en todo el día. Con Axel a penas había hablado, pues no sabía muy bien tampoco de qué hablar, así que decidió ir a sus anchas. Sí que pudo observar que ellos dos cogían alguna fruta, algo de la nevera, miraban la televisión, y cuando ya anochecía el abuelo hizo unos bocadillos para los tres, Axel se lo comió en un rincón del sofá, y Amelie y su abuelo en la cocina los dos juntos, se echaban de menos.

—¿Cómo vas? —preguntó Amelie a su abuelo, queriendo retomar el contacto después de muchas horas sin haber hablado, que se le hacía raro.

—Pues no lo sé, la verdad. No tengo miedo, pero es una sensación extraña, a que llegue el día de ir a la competición, ¿sabes? —dijo el abuelo.

—A eso se le llama ansiedad, abuelo.

—Ay estos jóvenes, antes a eso se le llamaban mariposas en el estómago, pero de las malas.

A Amelie le encantaba que su abuelo hiciera esas bromas en esos momentos, le alegraba el día, básicamente. Tenía la capacidad de convertir cualquier momento tenso en un momento de risas, aunque supieran ambos lo que estaba pasando en realidad, la sensación de tener a alguien a tus espaldas, se hacía más liviana.

Cayó la noche y Amelie se dirigió a su habitación, estaban todos en silencio, menos Axel, el cual estaba mirando algún que otro vídeo en su teléfono móvil, cada uno se entretenía como podía. El abuelo, por su parte, ya se había dormido, con lo cansado que estaba y todo lo que había tenido que soportar, era natural que quisiera descansar. Por otro lado, el silencio de la casa era destructor, y eso que cada noche reinaba el

silencio, solo que el motivo de ese día era mucho peor que los demás.

Las vueltas sobre el colchón no ayudaban a dormir, menos aún si cada ruido que provenía de fuera de la habitación era una amenaza y hacía saltar todas las alarmas. Unos pasos sobre la madera, o el ruido que hacían las ramas de los árboles contra las ventanas, o las sombras misteriosas proyectadas en la pared por la luz de la Luna, justificaba el estado de alerta al cual estaba sometida Amelie desde que se tumbó en su cama. Decidió ir a la cocina a por un vaso de agua, a ver si le entraba el sueño, pero se encontró a Axel.

—¿Tampoco puedes dormir? —preguntó Amelie.

—Parece que la única persona capaz de hacer eso aquí es tu abuelo —dijo Axel, señalando al abuelo dentro de la habitación en la que estaba— míralo cómo está.

—Ya me gustaría a mí poder dormir como él, aunque está muy cansado del día de hoy.

—Ha sido muy intenso. Por cierto, ¿dónde están las cajas de las que habla tu abuelo?

—Creo recordar que dijo que estaban en el cuarto de la limpieza, mañana te lo enseñará mi abuelo, yo me quedaré en el coche vigilando.

—De acuerdo —dijo Axel — me parece estupendo.

Amelie estaba empezando a sentirse incómoda en aquel encuentro, no tenía nada en contra de Axel, pero sentía incomodidad ya que la conversación no era buscada, ella quería estar sola. El hecho de que alguien hablara con ella, para tener una conversación de relleno, o más como diría ella "inútil", no le gustaba, para eso, directamente no hablar. Podía sonar un poco controversial, pero ella lo prefería así.

—Me vuelvo a la habitación, Axel.

—¿No te quieres sentar en el sofá un rato?

—¿Para qué? —le preguntó Amelie.

—Para hablar, no sé. —dijo Axel un poco avergonzado de sí mismo.

—No creo, quiero dormir, a ver si consigo conciliar el sueño.

Y así, Amelie se despidió de Axel, pudiéndose zafar de aquella situación incómoda y habiendo quedado bien, o al menos eso creía ella.

Capítulo 12

Capítulo 12:

Casa de Amelie

Amaneció y el ambiente ya se notaba pesado, desde la visita de aquel hombre a casa de su abuelo las cosas no eran iguales. Amelie odiaba las cosas que se salían de la rutina, de a lo que ella estaba acostumbrada cada día desde hace ya tiempo atrás, y le costaba mucho asimilar los cambios. Estaba en la cama y Destino no rondaba por ahí, no le dio importancia. Llevaba la misma ropa que la de ayer por la tarde, ni se molestó en ponerse el pijama, pensó que sería inútil ya que, menos su abuelo, nadie había podido dormir decentemente esa noche. Estaba intranquila porque sabía que tarde o temprano se encontraría con Axel, pero decidió que enfrentaría esa incomodidad con indiferencia, después de todo, no está para que ocurran más cosas de las que hay ahora en su vida.

Entonces, decidió coger un poco de ropa y dirigirse al baño, se ducharía y más tarde daría comienzo su día. De camino al baño pudo ver a su abuelo en la cocina, y a Axel todavía durmiendo, nadie se enteró de que ella estaba despierta, aunque cuando la escucharan encender el grifo lo sabrían.

Puso el pestillo y dejó la ropa que llevaba dentro del cesto de la ropa que tenía por lavar aún, dejó la que se pondría después encima del cesto y entró a la ducha. Amelie se imaginaba que los problemas se deslizaban por su cuerpo al igual que lo hacía el agua y el champú, desde su cabeza hasta los pies, yéndose luego definitivamente. Le gustaba pensar así y en ese momento la ayudó mucho esa mentalidad, no tenía nada más a lo que acogerse. Terminó entonces de ducharse y vestirse y decidió ir a prepararse un café y un desayuno breve, pues tenía que comer algo.

—Buenos días Amelie. —Dijo Axel.

—Buenos días Axel, buenos días abuelo.

—Buenos días. —Dijo el abuelo.

—¿Qué tal estás hoy? ¿Has podido dormir bien? —preguntó Amelie al abuelo.

—Sí, creo que sí, me acosté pronto, ¿verdad?

—Sí abuelo, se te oía descansar.

—¡Mentiras! —dijo riendo—La verdad es que he dormido muy bien.

—Me alegro mucho.

La mañana transcurrió tranquila, cada uno desayunó lo que quiso de la nevera y empezaron a hacer su día, sin salir de casa, pero haciendo su día. El abuelo se pasó la mañana leyendo unos libros, mientras que Axel y Amelie hablaron de cómo organizarse para trasladar las cosas del abuelo a las cajas y más tarde llevarlas a casa de Amelie.

Pensaron que era buena idea que se turnaran, como tendrían que hacer en el torneo de pesca que cada segundo que pasaba estaba más cerca.

—Creo que es mejor que vayamos los dos ahora que todavía es temprano, y dudo que haya gente peligrosa, ya sabes, por la carretera o que nos estuviera vigilando.

—No creo que la obsesión de los furtivos llegue hasta ahí, Amelie. Si quisieran hacerle algo a tu abuelo, ya se lo habrían hecho. Creo que es conveniente que venga con nosotros. ¿Qué quieres, dejarlo aquí solo? ¿Y si le pasa algo?

—Mi abuelo ha estado viviendo todos estos años en su casa él solo, y ha sabido apañárselas muy bien.

El abuelo de Amelie entonces apareció, aparentemente había estado escuchando a los dos jóvenes hablar sobre él.

—Chicos, voy con vosotros —dijo el abuelo—además, ¿quién va a tener cuidado con mis cosas si no soy yo mismo?

Entonces, todos subieron al coche de Amelie y pusieron rumbo a la casa del abuelo. Por el camino no vieron a ningún coche, pero sí que vieron a varias personas andar, probablemente serían turistas, ya que no reconocieron a nadie. Al llegar a la casa del abuelo, vieron al vecino cuidando su jardín, hizo unos gestos al abuelo en cuanto bajó del coche, para que se acercara.

—¿Cómo estás? Me tenías preocupado, pensaba que te había pasado algo.

—Estoy perfectamente, ¿a qué se debe que me hayas llamado?

—¿No puedo hablar con mi vecino de vez en cuando? —dijo el vecino— Es broma, quería avisarte de que anoche estuvieron merodeando por aquí

unos tipos raros, ¿andas metido en problemas?

Amelie y Axel estaban lo suficientemente lejos como para no parecer unos cotillas, pero sí lo suficientemente cerca para poder escuchar lo que el vecino le acababa de decir al abuelo, ambos se miraron con pánico.

—¿Ah sí? ¿Los viste hacer algo? —preguntó el abuelo, el cual empezaba a notar la ansiedad apoderándose de su cuerpo.

—Estuve observando desde la ventana de arriba —señaló una ventana de su casa —con las cortinas corridas, así que no me vieron. Estaban mirando desde donde está tu nieta y ese chico, no se acercaron más, aunque estuvieron dando vueltas unos minutos, y se fueron. Tenían un coche negro así parecido al de tu nieta.

—Gracias por la información, ahora he de entrar, nos vamos viendo.
—Dijo el abuelo de Amelie.

—De acuerdo, te doy una tarjeta por si quieres llamarme o que me ocupe de tu casa.

Entonces el vecino le extendió una tarjeta, al parecer era abogado, cosa a la cual el abuelo nunca le puso interés, pues le daba bastante igual a lo que se dedicara su vecino, hasta ese día. Puso rumbo a Amelie y a Axel, y les comentó lo que había estado hablando con el vecino.

—Más nos vale empacar todo cuanto antes. —Dijo Axel.

—¿No podríamos pedirle ayuda a tu vecino? Así acabamos antes.

—No, no quiero que nadie sepa lo que estoy haciendo, no quiero que nadie ande hablando de mí. Seguramente piensen que, como ya soy mayor, mi nieta me cuida unos días a la semana.

Entonces se pusieron a empaquetar todo lo que el abuelo les decía tanto a Axel como a Amelie. Las cajas las rescataron, no estaban en muy buen estado, pero servían para lo que querían. Los muebles los dejaron, y nada más cogieron ropa, algunos pequeños electrodomésticos, las cañas de pescar del abuelo, el cebo, y demás útiles de pesca que estaban en su posesión. Pudieron también poner en las cajas algún que otro cuadro, de algún amigo del abuelo, y alguna pequeña escultura.

La casa iba quedando menos decorada a un ritmo muy rápido, pues el abuelo no quería llevarse cosas pesadas, solo lo que tuviera algún valor sentimental para él, todos los triunfos que había conseguido hasta aquel día. No podía observarse ninguna emoción en su rostro, aunque se podía percibir tranquilidad, dentro de todo lo que estaba sucediendo. Amelie

creía que era porque sabía que ahora iba a estar a salvo.

Llenaron al cabo de unas cuatro horas, más o menos, unas cinco cajas. Entonces pensaron que lo más conveniente sería aparcar el coche en la parte trasera de la vivienda, para poder salir por detrás y no ser vistos por mucha gente, ya que, aunque no fuera una parte muy transitada en la que se ubicaba la casa del abuelo, alguien podría verlos, más aún el vecino.

Amelie entonces decidió que Axel encendiera el coche y lo llevara a la parte trasera, mientras que ella acercaba, con ayuda de su abuelo, las cajas a la parte de atrás, pegadas a la puerta, pero sin dejarlas fuera. Axel entonces hizo lo que se le mandó, y bajó uno de los asientos traseros para que hubiera más espacio para las cajas.

Cuando estuvieron todas las cajas dentro del coche, el abuelo cerró con llave la casa, sin una pizca de pena en su cara. Subieron todos y pusieron rumbo a la casa de Amelie de nuevo, en el camino dejaron a Axel en su casa, pues tenía que ir a por algunas cosas para pasar los próximos días.

Cuando Amelie y el abuelo se quedaron solos en el coche, fue cuando pudieron hablar de verdad.

—Abuelo, ¿estás bien?

—Quiero irme de aquí en cuanto acabe la competición, no me gusta estar vigilado, ya soy mayor.

—Irte de aquí, ¿dónde?

—No sé, unos cuantos kilómetros más arriba, contigo, ¿qué te parece?

—Lo pensaré primero, abuelo.

—No hay mucho tiempo para pensar, están detrás de nosotros.

Amelie ignoró aquel mensaje, realmente era preocupante toda esta situación, y no la dejaba dormir bien. No sabía de qué tenía tanto miedo su abuelo, pues lo que dijo Axel tenía todo el sentido del mundo, "si le quisieran hacer algo, ya se lo habrían hecho", se repetía una y otra vez. No le gustaba sentir que estaba corriendo una carrera contrarreloj, en la que la única opción era ganar, no quería ni imaginarse cuál podía ser la otra opción. Amelie no paraba de darle vueltas.

Llegaron a casa de Amelie, quien aparcó el coche de forma que quedara medio camuflado, y entró a casa para sacar una sábana y tapar todas las cajas que había en la parte trasera del vehículo para que no se pudiera intuir qué había, o al menos, que quien pasara por ahí no supiera qué era.

Después, sin decirle una palabra al abuelo, se dirigió a su cuarto para dejar la chaqueta y dirigirse de nuevo al salón, donde se sentó en el sofá, sin pensamiento alguno pasando por su mente. Entonces el abuelo se sentó a su lado y con cara apenada, habló:

—Amelie, siento mucho que tengas que pasar por esto tú también. A quien están persiguiendo es a mí, no a ti. Podría irme yo solo un poco más al norte, estaré bien.

—Abuelo, que no se te vuelva a pasar por la cabeza la idea de irte tú solo. ¿Estás loco? —lo miró Amelie, con los ojos llorosos—¿Crees que quiero perder a alguien más? ¿Con quién me quedo? —rompió a llorar.

—Amelie, tienes a tu amigo Axel, tienes a Destino, estarás bien.

Amelie quedó atónita ante tales comentarios de su abuelo, no podía creer las ideas que le estaba explicando su abuelo, no creía que lo estuviera diciendo en serio. Él lo era todo para ella, el motivo por el cual levantarse e ir a pescar, de no ser por él, no sabe qué sería de ella, ni si le gustaría la pesca.

—Abuelo, escúchame bien —dijo mirándolo a los ojos— no te vas solo, y punto. Nos vamos a poner a buscar una casa en cuanto antes, la pagamos los dos. Vendemos la tuya y la mía y se acabó. ¿Qué es eso de sentirte mal por mí?

Amelie miró a su abuelo con los ojos llenos de lágrimas, nunca le había dicho lo mucho que significaba para ella, pues nunca su abuelo había mostrado esas emociones, siempre han sido más de demostrarse el cariño pasando tiempo de calidad el uno con el otro, pensaban que así era la mejor manera de enseñar cuánto se querían, regalando aquello que no se puede recuperar, el tiempo.

El abuelo de Amelie apartó la mirada, giró la cabeza y suspiró fuertemente, y lo que parecía ser una lágrima en su cara acabó por convertirse en un mar de lágrimas. Amelie, sin abrazarlo, le dijo:

—Abuelo, que nos vamos a vivir juntos, que no te preocupes. Mañana vamos a una agencia y ponemos las casas en venta, y vamos a ir mirando otras estos días, ya está, serás libre.

—Te lo agradezco todo tanto. Y ahora me voy a hacer un café, ya está de llorar.

Amelie dejó ver una sonrisa en su cara, no le gustaba ver a su abuelo triste, si es que lo llegaba a ver, y verlo sonreír y con ese humor, le

encantaba. Su abuelo le alegraba las mañanas, y los días enteros, por no decir la vida, ya que era la única persona que tenía con ella. Habían desarrollado un vínculo muy fuerte desde la muerte de su abuela, y aprendieron a quererse más y mejor que nunca.

Se quedó entonces ella sola en el sofá, se estiró pensando en todo lo que acababa de suceder, y tenía que estar ahí por su abuelo, más que nunca.

La tarde transcurrió tranquilamente, vieron los dos la televisión un rato, hablaron de las diferentes agencias inmobiliarias de la zona, las que más les gustaban y las que menos, y se hicieron la cena. Justo cuando estaban cocinando un poco de carne, apareció Destino, quien fue directa a Amelie ya que hacía varios días que no la veía, aunque estaba igual que la última vez, de hecho, había cogido un poco más de peso lo cual era genial pues el animal estaba un poco por debajo de lo que debería pesar un zorro en libertad. Amelie la recibió con muchos mimos y caricias, y después, fueron ambas a su habitación, y el abuelo se fue a la cual tenía asignada.

Amelie entonces recibió un mensaje de texto de Axel.

Axel: Hola, Amelie, ¿puedo pasarme ahora por tu casa?

Amelie: Buenas, ¿qué tal? Tendríamos que hablar mañana en todo caso, estoy en la cama.

Axel: Es urgente.

En ese momento el teléfono del abuelo de Amelie empezó a sonar en el salón. Amelie se levantó de un brinco de su cama y fue corriendo al salón, el abuelo salió de la habitación tambaleándose pues recién concilió el sueño. El abuelo lo cogió primero.

—Bueno, ¿y qué quieres que haga? —dijo el abuelo — no puedo hacer yo nada ahora, no estoy ahí, llama a la policía tu y ahora llamo yo, ten cuidado.

El abuelo de Amelie colgó el teléfono y lo dejó caer sobre la mesa, y la miró directamente.

—Han disparado a la puerta de mi casa, pero no han conseguido entrar, mañana nos vamos a otro lado, no quiero estar más aquí, ¿vale?

Amelie nunca había visto a su abuelo tan serio, hasta podría decirse que le dio un poco de miedo y todo. Entonces, él empezó a llamar a la policía y explicó lo sucedido, necesitaban su presencia, pero el abuelo se negó, que cualquier cosa que necesitaran estaría en la dirección proporcionada, la casa de Amelie. Mientras, esta se dispuso a llamar a Axel, el cual le explicó lo mismo que le explicó su abuelo, y quedaron en que se vería en

unos minutos en su casa. Axel no tardó en llegar.

Sonó el timbre y, por seguridad, Amelie llamó a Axel por teléfono, para comprobar si era él. Efectivamente, era este, y venía acompañado de unos cuantos policías, al parecer se los encontró de camino a la casa de Amelie.

—Buenas noches, hemos recibido una llamada que venía de esta dirección explicando que dispararon a la puerta de una casa en Fannrem, ¿es correcto? —preguntó uno de los policías.

—Así es, señores. Yo soy el propietario, ojalá dentro de poco no lo sea más.

—Venimos a hacer algunas preguntas, ¿podemos pasar?

—Pasen —dijo el abuelo.

Las preguntas fueron breves, las cuales casi todas se las hicieron al abuelo. Le preguntaron si formaba parte de alguna banda criminal, o si tenía conocimientos de alguna de la zona. También le preguntaron por el oficio, o si seguía trabajando, a qué se dedicaba. El abuelo se sorprendió al saber que ellos, los policías, no sabían quién era con quién estaban hablando, entonces les explicó que tenía un renombre en el mundo de la pesca de la zona de Orkland, y que era bien adinerado gracias a todos los logros que ha ido consiguiendo gracias a su destreza con la pesca del salmón con pluma en el río. Les explicó que siempre ha tenido sus problemas con los cazadores furtivos, pero quedó en el pasado y, al parecer, habían resurgido a pocos días de una gran competición que estaba por celebrarse a tan sólo unos días.

Los policías recopilaron toda la información posible.

—Gracias, señor, todo esto se lo haremos llegar al jefe de equipo, esperamos que pase buena noche. Cualquier cosa puede llamarnos de nuevo, estaremos al tanto.

—Gracias a ustedes.

Entonces los policías se fueron de la casa de Amelie y esta cerró la puerta tras ellos. El abuelo se quedó parado en el sitio esperando a que alguien dijese alguna palabra, pero fue él el que tuvo que hablar.

—Bueno, que nos vamos de aquí Axel, nos vamos a mudar.

—¿A qué se debe?

—¿En serio lo preguntas? —dijo Amelie— Es decir, lo siento mucho, no quería sonar así, es más que obvio, ¿no?

—Sí, ahora que lo dices, sí.

—Bueno, nos iremos mañana a buscar una inmobiliaria para poner ambas casas a la venta, aunque antes tendré que comprar una puerta nueva, así que mañana por la mañana eso será lo primero que haga.

—¿Poner una puerta nueva? —preguntó Amelie.

—Hombre, no pretenderás que alguien compre una casa con la puerta principal llena de tiros, ¿no?

—Es verdad, tienes razón.

Día siguiente

Amelie y su abuelo se pusieron rumbo al centro del pueblo, donde estaban la mayoría de los comercios de la zona. Por el camino, vieron la clínica veterinaria, algún que otro supermercado, y unas cuantas agencias inmobiliarias. Se decidieron por la que estuviera más cercana al veterinario, así era una localización fácil de memorizar para Amelie. Entonces, aparcaron cerca y ambos bajaron del coche, entrando a la agencia.

—Buenos días —dijo el abuelo a la única persona que había dentro del local —¿me podéis vender la casa?

Amelie puso los ojos como platos y miró a su abuelo, al cual le dio un golpecito, el pobre no sabía muy bien cómo iban esos trámites.

—¿Qué haces? Si se dedican a esto —dijo el abuelo mirando a Amelie.

—Buenos días señores, sí, respondiendo a su pregunta, puedo venderle su casa. Si pueden sentarse, por favor. —Les indicó la chica dos sillones justo delante del escritorio que había.

Entonces Amelie empezó a sentir una mezcla de emociones que nunca antes había experimentado. Por una parte, ella sentía que estaba por despegarse de su hogar para siempre, de irse del sitio donde había crecido y se había criado, en donde había creado tantas aventuras ya fuera con amigos o, lo más importante, con su familia. Todos esos recuerdos quedarían atrás para siempre y, quién sabe, si algún día volvería por ahí para recordar. Por otra parte, la libertad estaba cada vez más cerca, los últimos días no han sido fáciles, y saber que yéndose a

otra parte y empezar de cero con su abuelo.